

ordinada la salvación del país; a este sentimiento que producía la espantosa anarquía civil y militar reinante, se debió la funesta catástrofe de Torata y Moquehua; a él los vergonzosos incidentes de traiciones y entregas al enemigo que se relatarán en el curso de esta obra.

Bolívar se mantenía imperturbable en la soledad de su genio, en la maravillosa trama de sus atributos humanos. Era un ser a quien no faltaban el valor del soldado, la capacidad científica del táctico, el corazón agradecido a las atenciones sociales, el alma destrozada ante las desventuras de la patria, de sus amigos personales, de los defensores de la causa.

Curiosa por demás es la flexibilidad con que recorría su genio en breves días en cortas horas, en un mismo día, digamos por ejemplo el 14 de septiembre, la gama de los más diversos y aún opuestos afectos, sentimientos, preocupaciones e ideas. En un mismo día se le ve escribiendo a Santander los cuidados que le agobian acerca de ciertos informes bien desconsoladores del coronel Tomás Heres a Santa Cruz sobre el Perú que según se decía se dirían a elevar un trono para el gobernante: “Yo creo”, dice, “que el general San Martín ha tomado el freno con los dientes, y piensa lograr su empresa como Iturbide la suya, es decir, por la fuerza, y así tendremos dos reinos a los flancos, que acabarán probablemente mal como han empezado mal. Lo que yo deseo es que ni uno ni otro pierdan su tierra por estar pensando en tronos . . . De resto, todo lo que sabemos del Perú es que los enemigos están en sus posiciones y que mandan acarrear, por la costa de la capital, algunas partidas” . . .

Agréguese a ésta la desolación de la que le remitió el día anterior para poder juzgar del extraño género de descanso que gozaba, que sufría diríamos mejor: “. . . en Méjico se va a repetir la conducta de Lima, donde más se ha pensado en poner las tablas para el trono que libertar los campos de la monarquía . . . Diré a usted que después de mi llegada a esta ciudad se han multiplicado mis cuidados con respecto al Perú por los informes que me ha dado el coronel Heres de la incapacidad de los jefes del Perú y de la mucha capacidad de los contrarios. Me asegura Heres, a quien creo, que los realistas del Perú, saben maniobrar perfectamente y que triunfarán si se batan en campo raso con los independientes. Asegura que la actividad de los godos es infinita y la corrupción de los nuestros también infinita; que la indisciplina, la falta de entusiasmo, la falta de sistema, y en una palabra la falta de cabeza de los independientes, contrasta con las cualidades que tienen los rea-

listas, en fin, amigo, este hombre que no es tonto, me ha llenado la cabeza de inquietudes y el corazón de amargura" . . .

¿Quién pensara que un corazón tan lleno de amargos presentimientos escribiera simultáneamente una bella carta llena de buen humor, rebotante de gratitud y cariño?

La familia Garaicoa, honra y prez de Guayaquil, benemérita de la patria por los servicios de los Calderones, padre e hijo. Abdón, aquel mozo glorioso que herido en Pichincha cuatro veces en ambos brazos y ambos pies, no quiso ni aun así abandonar el campo de la lucha y se hizo transportar en una camilla a la cabeza de la compañía que comandaba. Como era natural, profundo cariño concibió el Libertador por esta gente distinguida, que era retribuido por todos sus miembros con la más pura gratitud. Una de ellas recibió de él el apodo de Gloriosa a raíz de haberle ella aplicado el adjetivo a él. A su paso fugaz por Cuenca vino ahora un mensaje de recuerdo que dio origen a esta deliciosa carta:

"Cuenca, 14 de septiembre de 1822—A las señoras Garaicoas:

"La Gloriosa me ha proporcionado la dicha de saber de ustedes; yo no esperaba una satisfacción tan grande para mi corazón, porque no las creía a ustedes tan buenas con un ingrato como yo que no escribo a nadie por indolente y también por ocupado.

"A la Gloriosa que las serranas me han gustado mucho, aunque todavía no las he visto, que no les tenga envidia, como decía, porque no tiene causa con unas personas tan modestas que se esconden a la presencia del primer militar.

"La iglesia se ha apoderado de mí: vivo en un oratorio; las monjas me mandan la comida; los canónigos me dan de refrescar; el Te Deum es mi canto y la oración mental mi sueño, meditando en las bellezas de la Providencia dotadas a Guayaquil, y en la modestia de las serranas que no quieren ver a nadie por miedo del pecado. En fin, amigas, mi vida es toda espiritual, y cuando ustedes me vuelvan a ver ya estaré angelicado.

"No hay más tiempo, pero soy el más humilde Q. B. L. P. de las demás Garaicoas, Llagunos y Calderones—Bolívar.

"A la Gloriosa que soy el más ingrato de sus enamorados. El mismo".

Esa mente llena de anhelos, planes, ansias de libertad continental, ese corazón rebotante de cariño para sus amigos traducido en la más exquisita cortesanía social, es la misma alma que en la misma temporada de Cuenca llora con su pariente Fernando Toro

“el primogénito de la gloria” de Venezuela, “sobrevivido a sí mismo por la mala suerte de sus heridas” en el campo desgraciado de Valencia el 23 de julio de 1811: “en fin, tú te pintas un muerto caminando y mi aflicción te representa lo mismo. He recogido mis fuerzas para responderte y sin poderlo remediar he aumentado mi amargura con estas letras. Yo había pensado evitarte este nuevo dolor, pero no he podido resistir a mi corazón. Perdona, querido Fernando, a la ternura de una amistad que es mucho más pura que antigua.

“Tú me pintas la suerte de Caracas como es y debe ser. Tú me pides que vuelva sin demora porque Caracas tiene privilegios sobre mí. Conozco más que nadie los derechos que tiene sobre sus hijos el suelo nativo; debes creerme, estoy devorado constantemente por las más crueles inquietudes con que me represento a Caracas. Un espíritu profético me acerca males remotos e inciertos, yo los saboreo en la amargura de un hijo que mira destrozar el seno de su propia madre y la criatura de sus entrañas. Piensa, después de esta confesión sincera, lo que la previsión me persuade y me hace experimentar; pero oye: yo pertenezco a la familia de Colombia y no a la familia de Bolívar. Yo no soy de Caracas sólo; soy de toda la nación que mi constancia y mis compañeros han formado, creyendo que para mantener en tranquilidad a esa desolada Venezuela, debemos asirla a la Nueva Granada, que llega hasta estas afortunadas regiones” . . .

Acaso para este tiempo fue la composición de aquella preciosa joya en que arropada por una imaginación lozana da una muestra inmortal de la filosofía profunda, un tanto melancólica que surgía del fondo mismo de su espíritu y teñía más que levemente su carácter, como lo atestiguan sus contemporáneos. Nos referimos a MI DELIRIO SOBRE EL CHIMBORAZO:

“Yo venía envuelto con el manto del iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir el atalaya del universo. Busqué las huellas de Condamine y de Humboldt, seguirlas audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial; el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que pusieron las manos de la Eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris, que me ha servido de estandarte ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales, ha surcado los ríos y los mares, ha subido sobre los hombros gigantes de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia y el tiempo no ha podido detener la marcha

de la libertad. Belona ha sido humillado por el resplandor de Iris, y ¿no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? ¡Sí podré! Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento: tenía a mis pies los umbrales del abismo.

“Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía.

“De repente se me presenta el tiempo bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades: ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano . . .

“Yo soy el padre de los siglos, soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fue la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el Infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la Muerte; miro lo pasado, miro lo futuro, y por mis manos pasa lo presente. ¿Por qué te envanece, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo tu Universo? ¿Que levantaros sobre un átomo de la creación es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la Santa Verdad? ¿Suponeís locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del Infinito que es mi hermano’.

“Sobrecogido de un terror sagrado, ‘¿cómo ¡oh Tiempo!’ , respondí, ‘no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas; llego al Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos; miro sin asombro el espacio que encierra la materia y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del destino’.

“‘Observa’, me dijo, ‘aprende, conserva en tu mente lo que has visto; dibújalo a los ojos de tus semejantes del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: di la verdad a los hombres’.

“La fantasma desapareció.

“Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos, los pesados párpados; vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio”.

SIMON BOLIVAR

Bastan estas transcripciones para muestra de un hombre completo en el señorío de todos los efectos humanos, que por más diversos que sean encuentran en sus labios la expresión adecuada que los hace documentos justos de su complejo espíritu de hombre guerrero, estadista vigilante, caballero social, genial pensador, patriota immaculado. Hombre más completo y equilibrado de dotes y cualidades es imposible encontrarlo en la historia. Y hemos querido hacer resaltar esta apretada malla de virtudes presentándola en unos reducidos días de su estada en el Sur, en vísperas casi de la tremenda empresa del Perú.

El Libertador se había trasladado de Quito a Guayaquil, lleno de la mayor zozobra por la suerte de esa nación confiada al ejército que el Protector dejó en manos de Alvarado. Despreciando inyectivas, insultos y calumnias de los políticos de la vecina nación, estaba en el sur de Colombia preparándose por una parte para cualquiera eventualidad que pudieran producir en Venezuela los acentuados movimientos de los restos realistas, y por otra, para el temido y vaticinado desastre de Alvarado.

En Guayaquil estaba el 19 de febrero (1823) cuando recibió como el estallido de una bomba la fatídica nueva. Era una bomba de tiempo cuya explosión se había representado segura; no obstante esperada, esa explosión se operó con fracaso, desastre y ruina. Bolívar no era, por su vocación generosa, no podía ser hombre de venganzas: “yo no tengo sentimientos personales jamás; mis cóleras pertenecen a los relámpagos que pasan con ellos”. El sacerdocio de libertad en que había profesado desde temprano en su vida le trazaba una conducta pura de olvido y perdón. Mientras esperaba la noticia fatal no había estado inactivo ni indolente. Aumentaba las tropas y proveía recursos para mantenerlas, y adiestraba los reclutas; y lo que es más notable, seguía con seráfica virtud ofreciendo al Perú, que lo repudiaba de todos modos, que había rechazado ya sus contingentes, el concurso de Colombia. Y acreditó al general Luis Urdaneta para celebrar un convenio al efecto.

El pueblo del Perú recibió la noticia de Torata y Moquehua como era natural que sucediera. El Caos pareció descender de nuevo

a la tierra, porque el desastre tocaba violentamente a las puertas de todo corazón sinceramente amante de la libertad, consciente de todo lo que significaba la nueva sujeción de los pocos espacios independientes que habían quedado tras la estela de San Martín. Sólo aparecía ajena a esta consternación la Junta gubernativa. ¿Habrían formado ya su plan de entreguismo el antiguo godo La Mar, el señor Felipe Antonio Alvarado, comerciante argentino, hermano de Rudecindo, y Manuel Salazar y Baquijano, conde de Vista Florida? Sobre esto estuvo viva y acusadora la opinión pública. Nada pudo probarse, sin embargo.

El elemento militar de Lima y aledaños tomó cartas en la situación y resolvió convertirse en cuerpo deliberante y amenazante. Exigieron del congreso la extinción de la junta gubernativa, la abolición del sistema plural de gobierno, la designación, como presidente de la república, de don José de la Riva Agüero, magnate de la república, intrigante, ambicioso, falaz, sin conocimiento de milicia, coronel sin embargo, y elevado luego por el congreso a la alta categoría de gran mariscal. Tales eran los tiempos, tales las ambiciones desapoderadas y asaltos a la fortuna. Más adelante se verá con más detalle la clase de hombre que se halló de improviso elevado por la sublevación militar de Santa Cruz, a jefe de las fuerzas armadas. Al congreso no le quedaba otra alternativa que someterse y obedecer. Ante semejante origen no es de extrañar el espectáculo que representó el gobierno del flamante gran mariscal (27 de febrero); pero la semilla de odio y venganza por esta humillación quedó vigente, y en parte muy principal explica los incidentes que surgieron entre ese cuerpo y el mandatario a quien se vio obligado a ungir.

Era don José de la Riva Agüero el dechado del político ambicioso, audaz, egoísta e inmoral. Su capacidad de intriga rebasaba los límites de la reflexión; y se verá cómo el disimulo, elemento con que la arropaba como artista consumado, debido a esa falta de medida racional y ponderada, lo fue arrastrando hasta acabar con todas sus ilusiones y terminar trágicamente en el vergonzoso destierro, que fuera el cadalso del traidor a la patria, si Bolívar no hubiera cometido el error de aprobar la desobediencia de la orden del congreso, y ordenar a Paz del Castillo abrirle las puertas de su segunda prisión en Guayaquil.

Ese mismo día 27 de febrero (1823) emprendió Bolívar viaje a Bogotá para hacer frente a Morales que había invadido a Mérida con alarma de los patriotas de Venezuela; pero a poco andar, desde

Sabaneta, desandó su camino, y regresó a Guayaquil, debido a noticias alarmantes que recibió en su marcha.

La usurpación militar efectuada por Riva Agüero produjo alguna esperanza en los comienzos de su gobierno. Bien analizado, sin embargo, desde el principio se dejó guiar por su ambición; se deja ver su nacionalismo exclusivista en la misión de Porto Carrero a quien acreditó ante Bolívar.

El pueblo, la masa general ajena a las ambiciones de mando, atenta a la salvación general, estaba convencido de que ésta no podía lograrse sin el concurso personal de Bolívar, cuya presencia era motor de actividad, impulso de ataque oportuno al enemigo, austeridad en el manejo de los asuntos civiles y militares, inspiración de patriotismo. Estaban desengañados de los métodos empleados desde el gobierno del protectorado, y duramente aleccionados por las condiciones morales en que los restos del brillante ejército libertador marcharon a su pulverización. Querían desde el principio que Riva Agüero pidiese a Bolívar su presencia en el país, y llegó a creerse que tal era el objeto de la misión del general Porto Carrero.

No fue así: su misión se limitaba a pedirle lo que antes la Junta y el congreso habían rechazado; concurso de hombres pero bajo el comando superior de jefes peruanos, es decir, concurso de ganado para el matadero como hubiera sido el anterior de los colombianos de Paz del Castillo, si éste y el Libertador, como se dice vulgarmente, no hubieran abierto el ojo a tiempo.

Mas el general Porto Carrero, por su cuenta y convirtiéndose en genuino intérprete del pueblo de su patria, dio un paso más.

En cuanto a los efectivos, no hubo entonces ni nunca dificultad alguna: sin pedírselos nadie, rechazando vanidosamente la Junta gubernativa los ofrecimientos del Libertador, obligando a los objetivos colombianos a repatriarse a Guayaquil, siendo objeto de infames y calumniosas diatribas, el Libertador no dejaba de mano los preparativos para auxiliar a los vecinos del sur y concentrar fuerzas para acudir en su socorro aunque fuese mediante sus probados lugartenientes, en cuanto la necesidad los obligase a cantarle un "yo pecador" o la seguridad de Colombia requiriese de cualquier modo su intervención armada.

Entre los temores del Libertador figuraba ahora la posibilidad de que La Mar, Ramón Barrera, Riva Agüero y otros jefes hoy "Patriotas", antiguos "godos", en presencia del ejército realista

volviesen las espaldas a la libertad y se refugiasen una vez más bajo las toldas de su Majestad.

Sea de todo ello lo que fuese, desde el primer momento en que se enfrentaron el embajador y el Libertador quedó asegurado el auxilio requerido en medio de la cordialidad más franca y con la más solemne declaración de éste: "Colombia hará su deber en el Perú; llevará sus soldados hasta Potosí, y estos bravos volverán a sus hogares con la sola recompensa de haber contribuído a destruir los últimos tiranos del nuevo mundo. Colombia no pretende un grano del terreno del Perú, porque su gloria, su dicha y su seguridad se fijan en conservar la libertad para sí y en dejar independientes a sus hermanos".

"Señor general: responda V. S. al gobierno del Perú que los soldados de Colombia ya están volando en los bajeles de la república para ir a disipar las nubes que turban el sol del Perú".

Pedía Riva Agüero un socorro de cuatro mil hombres; Bolívar le ofreció seis mil. Pero aleccionado por lo ocurrido con la brigada de Paz del Castillo, tuvo la precaución de que éste, representante suyo ahora en las negociaciones, firmase con el general Porto Carrero, un convenio para que la obligación de los derechos y condiciones del socorro quedasen fuera de intrigas negativas y triquiñuelas. Tan seguro andaba el presidente del Perú de que el auxilio solicitado sería concedido en el acto, que junto con despachar al embajador Porto Carrero había puesto también en marcha ocho naves de transporte para conducirlo; y el mismo día 18 de marzo en que se firmó el convenio empezaron a regresar a su destino con tres mil hombres. ¡Qué asombro debió de ser para el embajador atestiguar la prontitud y diligencia con que en menos de 48 horas de solicitado el auxilio estaban ya navegando los contingentes, provistos de cuanto era menester al soldado, y compararlo con la lentitud del tiempo anterior y más tarde con la desorganización del tiempo posterior! Después se embarcaron las otras tropas del contingente ofrecido. Es de advertirse que el ofrecimiento y contrato hecho por medio de Urdaneta quedó supeditado a éste firmado por Porto Carrero y Paz del Castillo.

No tuvo igual éxito la iniciativa personal de Porto Carrero: "general, su presencia en el Perú es indispensable para salvar la patria de la catástrofe que la amenaza; estos son los votos de toda la nación. La lentitud con que hasta ahora se han conducido los

asuntos militares y la ineptitud de los encargados de mover la máquina guerrera imponen la necesidad de que se halle al frente del gobierno un hombre enérgico, constante en la lucha, capaz de garantizar el buen suceso; y ese hombre no podemos encontrarlo sino en V.E.". Y Porto Carrero, penetrado en la repugnancia que cualquiera otro en el lado de Bolívar hubiera sentido ante las infames especies, diatribas y suspicacias del gobierno anterior para prestar la ayuda que hoy se buscaba en él, se extendió en satisfacciones que a la verdad no eran menester para el carácter magnánimo del presidente de Colombia, quien se limitó a decirle: "Señor embajador, estoy pronto a marchar con mis queridos compañeros de armas a los confines de la tierra que sea oprimida por tiranos; y el Perú será el primero, cuando necesite mis servicios. Si el congreso general de Colombia no se opone a mi ausencia, yo tendré la honra de ser soldado del grande ejército americano reunido en el suelo de los incas y enviado allí por toda la América meridional".

Mientras tanto, y en espera del permiso solicitado al punto, nombró al general Antonio José de Sucre, su más brillante lugarteniente, "el más digno de los generales de Colombia", como plenipotenciario en el Perú, con facultad de convenir el plan de operaciones y "el caso, modo y circunstancia con que debe comprometerse y obrar la división de Colombia". Quedaba así la brillante expedición de veteranos de más de cien campañas victoriosas a cubierto de torpes eventualidades como la nueva aventura de Intermedios a que pretendían empujarla Riva Agüero y su ministro de guerra Ramón Herrera en contradicción con los consejos del Libertador.

¿Comprendería Riva Agüero también que era indispensable la presencia del Libertador en el Perú? .

El motín militar de Santa Cruz había iniciado la nueva era en la revolución del Perú, entronizando, como se ha visto, a Riva Agüero. Riva Agüero veía así el principio de su dominación que tanto ambicionaba. Trataría de sostenerse en esa posición y ensanchar el radio de su poder sin parar en obstáculos de cualquiera índole y le era imprescindible afirmarse sólidamente desde ahora. Tenía por tanto que mostrar actividad que contrastara con la indolencia pasada; pero era la actividad de la ardilla en una jaula, una especie de agitación circular sin resultado: sus capacidades y recónditos propósitos no le permitían otra cosa.

Al principio agradó a todos cambio tan notorio en el ambiente. Pero el hechizo fue desvaneciéndose a medida que se cotejaba su género de dinámica con la que en la nación del norte desarrollaba Bolívar, de resultados tangibles para la causa independiente, sin sombra de aspiraciones egoístas, concentrada toda en un sólo ideal: expulsar a los españoles, constituir una América libre.

Y Riva Agüero temblaba ante el anhelo general expresado con creciente entusiasmo. ¡Se necesita aquí un hombre fuerte que dirija la guerra, es de necesidad imperiosa que venga el Libertador a nuestras playas so pena de perdernos todos con la patria! El presidente pretoriano comprendía que sus ilusiones estaban al borde de desvanecerse. “El Libertador”, dice Gonzalo Bulnes, “era un convidado de piedra que había tomado asiento en la mesa de Riva Agüero, un testigo invisible que se había convertido en juez de sus errores, porque la opinión pública formaba inmediatamente el contraste en cualquiera falta del presidente y el genio y penetración de Bolívar, y a medida que se disipaban las ilusiones que aquél había hecho concebir se aumentaban las esperanzas que cifraban en éste. El pueblo de Lima tenía en sus manos una balanza descontrapesada; de un lado había puesto a Riva Agüero, de otro a Bolívar, y naturalmente su juicio, su admiración, hasta sus pasiones, lo inclinaban del lado de éste”.

Riva Agüero no quería mostrarse adverso al pueblo, que así ansiaba la venida del Libertador, so pena de que su gobierno tambalease hasta el derrumbe, y tenía que simular amistad al héroe y deseo de su venida. Por esto después del tercer alzamiento de los pastusos de que luego se dará cuenta, comisionó a don Samuel Pérez Tudela y al coronel Manuel Iturregui para llevarle una mentidiza carta de felicitación por sus triunfos sobre los pastusos. Las dificultades que rodeaban a Bolívar le hacían creer que era improbable su venida. Supone en seguida el embarco de Bolívar hacia el Perú, y cambió la carta por otra laudatoria.

“Querido amigo: cuando los gustos vienen repentinamente aparecen más grandes. El de la próxima venida de usted me ha sido tan extremado que yo mismo me felicito por ver cumplidos mis deseos. Llegue usted, pues, cuanto antes y tenga yo la satisfacción de conocer al héroe americano. Repito a usted que su presencia es muy esencial en el teatro de la guerra; y ya no dudo de que en el presente año se consiga la libertad del Perú.

“El fiscal de la cámara de justicia doctor don Manuel Pérez Videla y el coronel don Juan Manuel Iturregui pasaban a Guayaquil a felicitar a usted a mi nombre, pero hallándose embarcados en Huanchaco y próximos a dar la vela, los hice volver con la noticia de la feliz venida de usted. Estos mismos, que estaban encargados de cumplimentarlo por la destrucción de los rebeldes pastusos, lo verificarán ahora por el apetecido arribo de su persona a este territorio. Quisiera que en él todo proporcionase a usted comodidad tanto en los caminos como en lo demás, persuadido de que en el estado de guerra en que se halla el país todo escasea. De lo que sí me vanaglorió es que hallará usted siempre en mí un constante afecto, con el que soy su apasionado amigo y obsecuente servidor que besa su mano”.

Y no fue la única que por este estilo le escribió.

Mientras tanto maquinaba atrayéndose a Santa Cruz y a Guise para la empresa de ir contra el congreso y arrojar del Perú a Bolívar y los auxiliares colombianos; y con los españoles intrigaba con el mismo fin. Pero a estas horas bien sabía Bolívar a qué atenerse, porque el 30 de julio había escrito a Santander:

“Por fin las cosas del Perú han llegado a la cima de la anarquía. Sólo el ejército enemigo está bien constituido, unido, fuerte, enérgico y capaz de arrollarlo todo. Lo de la patria está todo perdido. Siete potencias beligerantes se combaten entre sí bajo las siguientes banderas: Perú, Chile, Colombia, Buenos Aires, gobierno, congreso y Guayaquil; cada uno tiene su partido; ahora hay dos más, el particular de Sucre, que tiene un poder militar, y el de Torre Tagle opuesto al de Riva Agüero . . . El gobierno de Riva Agüero es el gobierno de un Catilina unido al de un Caos; no puede usted imaginarse hombres más canallas ni más ladrones que los que tiene el Perú a su cabeza. Se han comido seis millones de pesos de empréstitos de un modo escandaloso. Setecientos mil pesos se han robado entre Riva Agüero, Santa Cruz y el ministro de guerra, sólo en unos contratos hechos sobre equipo y embarque de tropas. El congreso pidió cuentas y le trataron como al diván de Constantinopla. Es horrible el modo infame con que se ha conducido Riva Agüero.

“No puede usted imaginarse cuanto temo esta marcha al Perú por sus inconvenientes así políticos como militares.

“Ya están llamando a San Martín desesperados de mi ida . . . Por su puesto, San Martín no añade nada al bien del Perú, porque él mismo es un principio de división”.

Como se ve, Bolívar había rectificado radicalmente la opinión que antes tenía del personaje.

Pero volvamos a Pasto. ¡Este es el momento oportuno! ¡Coloquemos al insurgente Bolívar entre Scila y Caribdis! Sin tropas en el sur de Colombia porque las que tenía se han enviado al alcance de los valientes y certeros tiros de Jerónimo Valdés y Canterac en el Perú y ni ha podido completar los seis mil hombres prometidos, volquemos sobre él por tercera vez los titanes de Pasto, como avanzada de nuestra reconquista, activemos las operaciones de Venezuela y la costa de Nueva Granada, recuperemos todo el territorio que se gloria de haber arrebatado de las manos de nuestro venerado soberano. Tal la vasta conspiración urdida entre los realistas de Coro y demás pueblos ocupados por Morales en el norte, los numerosos realistas que se ocultaban tras el tricolor de Colombia, en Venezuela, Nueva Granada y Quito, y los valientes, sagaces y experimentados sostenedores del virrey La Serna. ¿Con qué elementos podrá resistir, si todo lo que tenía y aún lo que no tenía lo ha ofrecido a sus vecinos?

Los pastusos no se dejaban excitar dos veces. ¿Su jefe ahora? El valeroso Agualongo, indio de sus recónditos escondites. Juan José Flores está de gobernador de Pasto. Es el 12 de junio de 1823. Flores no pudo resistir el formidable ataque de Agualongo, y gracias a Dios que pudo siquiera llegar sano y salvo a Popayán. Los rebeldes acrecientan su haber en hombres y elementos bélicos. Salom, reemplazante de Sucre en Quito, se alarma como es de suponerse, al anuncio de que marchan contra él: carecía de medios de defensa. Acude con urgencia al Libertador. Bolívar también carece de medios de defensa, pero los crea. Oigamos la vívida relación de O’Leary: “La situación en que la falta de tropas tenía a aquella parte del país, podía haber alarmado a otro menos acostumbrado a luchar con las dificultades; Bolívar no gastó mucho tiempo en reflexionar y en decidirse. Ordenó luego al punto que marchasen a Quito todos los convalecientes que hubiese en los hospitales, y él mismo voló a aquella ciudad y llamó a los milicianos al servicio. Salom, que se había adelantado hasta El Puntal, hubo de retirarse ante las fuerzas superiores de Agualongo, dejándole franco el cami-

no de Ibarra, que fue en el acto ocupado por él. Poca confianza podían inspirar al Libertador las escasas milicias que logró reunir: los soldados de línea debilitados por las enfermedades y fatigas de las marchas forzadas que habían tenido que hacer, sólo podían servir para instruir a los reclutas milicianos de Quito; pero en estos precisos momentos la aproximación de los rebeldes dejaba poco tiempo a su instrucción y disciplina. Persuadido de que sólo por medio de estratagemas podía suplirse la falta de fuerzas, el Libertador empleó la siguiente con buen éxito. Con una fingida retirada a que dio toda la apariencia de la fuga, inspiró confianza a los rebeldes, haciéndoles creer que podían adueñarse de Quito. Agualongo amenazó a sus habitantes con un degüello general y ofreció a sus bárbaros soldados el saqueo de la ciudad; pero mientras se preparaba a ejecutar tan bárbaro proyecto el Libertador cayó repentinamente sobre él desbaratando los inicuos planes del caudillo. El 17 de julio al medio día, mientras los rebeldes andaban de fiesta por las calles de Ibarra, sus avanzadas fueron sorprendidas y acuchilladas por el mismo Libertador con su estado mayor y una escolta de lanceros. Avisado Agualongo de este inesperado ataque, casi al mismo tiempo en que Bolívar con los que lo acompañaban ocupaba los suburbios, no le quedó más recurso que abandonar la ciudad y salir apresuradamente con sus tropas a colocarse al otro lado de la profunda barranca que demora al norte en el camino de Pasto, pero antes de poderlas formar en la altura que la domina fue de nuevo atacado y de nuevo derrotado”. No se necesitan más detalles de la acción.

La derrota fue total. Bolívar pretendió atraer a los valientes realistas con indultos, en que con razón no podían creer, después de la redada que hizo de ellos Salom con engañosas a raíz de la anterior derrota. Ellos se alejaron, se escondieron entre sus breñales con sus armas; y los que no podían portarlas debido a las heridas, las enfermedades o el cansancio las inutilizaban totalmente de modo que no sirviesen para nada a los soldados de la república.

Y ahora el Libertador seguía haciendo y pensando lo que desde Sabaneta había dicho el 3 de mayo a don Pedro Gual: “me vuelvo a Guayaquil a menear una máquina inmensa que tengo que poner en acción para expulsar a los españoles del Perú. Estos son enemigos de mucha consecuencia porque disponen de infinitos recursos, y la base de su ejército, como sus jefes, son selectos. Por

desgracia los patriotas del Perú están divididos como los del resto de América; además, parte del gobierno es godo . . . y todo inepto. Los militares no se entienden entre sí porque no tienen entre sí la menor autoridad. El hemisferio del sur necesita de un hombre de peso que tenga muchos medios a su disposición”.

Probablemente brotes como la última parte de estas reflexiones motivaron que San Martín lo calificara como hombre de una “vanidad pueril”. Pero es el caso que esa “pueril vanidad” se traduciría prácticamente en conocimiento íntimo de los hombres, análisis perfecto de las situaciones, actividad para obrar, elección de medios y jefes adecuados, triunfo indisputable.

Estamos de nuevo en el mes de julio. El clamor popular por la presencia de Bolívar en el Perú se agigantaba por momentos. Era una manifestación del instinto colectivo que pocas veces se equivoca, el que en multitud de ocasiones salvaría a la patria si no hubiera en general una lamentable discrepancia entre los legítimos anhelos populares y los intereses personalistas de los mandatarios. Esto no significa que el proyecto no tuviese adversarios francos o solapados. De éstos el primero era el mismo presidente, como puede colegirse de lo ya dicho. Presente hicieron varios diputados la condición de los diversos auxiliares. Carecían de un jefe enérgico, autoritario, capaz de formar una verdadera unidad en la variedad de las nacionalidades que componían el ejército, las que se odiaban y repudiaban entre sí: los chilenos a los argentinos, los argentinos a los peruanos, los peruanos a los colombianos. ¿Cómo podría esperarse de las operaciones otra cosa que nueva derrota, el triunfo del rey, la extinción de la patria peruana? Ese jefe ya probado que faltaba no podía ser otro que el Libertador de Colombia, por quien clamaba el pueblo peruano.

La moción triunfó y por tercera vez se llamó al héroe colombiano, esta vez por el congreso. La diputación era presidida por Olmedo, el gran José Joaquín Olmedo, el mismo antiguo presidente de la Junta de Gobierno de Guayaquil, el mismo que se había escapado por vano temor, en la escuadra de Blanco Encalada junto con la partida del Protector después de la célebre entrevista, y cuando ya Bolívar había puesto orden en el desorden de los partidos guayaquileños. No había pasado, pues, un año cuando este mismo ilustre Olmedo, desengañado de sus antiguos temores sirvió de brillante embajador del congreso peruano, de que formaba

parte. Lo acompañaba José Sánchez Carrión, miembro igualmente del congreso.

“... los bravos de Colombia que con las tropas aguerridas del Plata y Chile, burlando los planes del enemigo quedan acampados delante de las fortalezas del Callao; el refuerzo que se espera de V.E., la numerosa división que nuevamente ha salido de las costas chilenas; la expedición libertadora que felizmente desembarcó en Arica compuesta de valientes peruanos resueltos a vengar en los mismos campos de Torata la última injuria que allí les hizo la fortuna; todos, señor, son elementos que sólo esperan una voz que los una, una mano que los dirija, un general que los lleve a la victoria. Y todos los ojos, todos los votos se convierten naturalmente a V.E.

“V.E. acaba de quebrantar con pie firme la última cabeza de la hidra de la rebelión y nada puede impedirle de satisfacer unos votos de que depende la libertad de un gran estado, la seguridad del sur de Colombia y la corona del destino del pueblo americano. Rompa V.E. todos los lazos que lo retienen fuera del campo de batalla. Después de la revolución de tantos siglos parece que los oráculos han vuelto a predecir que tantos pueblos confederados en una nueva Asia para la venganza común, de ninguna manera podrán vencer sin Aquiles...”

Digna de la elocuencia de Olmedo, justiciera y verídica en sus apreciaciones del héroe de Colombia, satisfacción digna y oportuna por acciones y actitudes pasadas, lo único que puede tacharse en la cálida apelación es la excitación a romper los lazos que detenían a Bolívar en el suelo colombiano. ¿Podía el Libertador ausentarse legalmente del suelo de la patria? El punto no es muy claro. En su mente se presentó por un momento la respuesta afirmativa basada en las facultades extraordinarias otorgadas por el congreso de presidente en campaña, y no dejó de consultarla con Santander, presidente interino. Pero el primer ciudadano de Colombia consideraba que estaba obligado a ser al mismo tiempo el más escrupuloso guardián de las leyes, y para dar el paso solicitado cuidó de pedir permiso al congreso nacional. Y así sintetizó su posición contestando a Olmedo: *“... Mucho tiempo ha que mi corazón me inclina hacia el Perú... He implorado el permiso del congreso general para que me fuese permitido emplear mi espada en servicio de mis hermanos del Sur; esta gracia no me ha venido aún. Yo me desespero en esta inacción, cuando las tropas de Colombia están entre los peligros y la gloria, y yo lejos de ellas...”*

La llamada carta de Lafond, para vituperar la supuesta negativa de Bolívar a la igualmente supuesta invitación de San Martín, contiene el concepto de que a aquél bastaba sólo quererlo para obtener la venia. La larga espera que hubo de soportar el Libertador es bastante para echar por tierra semejante especie.

La misión de Olmedo tuvo lugar estando el congreso y el ejecutivo en el Callao después de la desocupación de Lima bajo la amenaza de su ocupación por Canterac y encontró a Bolívar en Quito. Una nueva embajada viene a rogarle por cuarta vez su presencia urgente en la tierra de los incas. La integran el coronel Mendoza y el marqués de Villa Fuerte. Venía de parte del nuevo presidente, el marqués de Torre Tagle, a quien Sucre colocó de jefe de Lima evacuada por los realistas, convertido luego en presidente por la marcha de los sucesos. Y contestó Bolívar: "El Perú me ha juzgado capaz de servir a su libertad; y yo no puedo pagar esta confianza, si no empleo todos mis esfuerzos en llenar tan lisonjeras esperanzas para mí. Ya habría volado a sacar mi espada por muchos aliados y compañeros de armas, si un religioso respeto a la letra de nuestras instituciones no me hubiera retenido en la inacción que me atormenta, mientras mis hermanos están luchando con gloria por la justa causa de la libertad. Protesto a V.E. que una inmortal impaciencia me fatiga día y noche, al saber que el Perú está en peligro o combate por su existencia y que yo no le ayudo como soldado".

El turbio origen del poder de Riva Agüero, una asonada militar, una imposición a que el congreso tuvo que someterse, dejó sembrado en el corazón de los diputados un rencor inextinguible cuyo fruto, una lucha entre los dos poderes, fue agrandándose con los días: era ya la guerra civil. Pretendió Riva Agüero cerrar el congreso, ya trasladadas las autoridades nacionales al Callao, como se verá en el capítulo siguiente; pero el congreso tenía, además de su propia fuerza, la que le daba la opinión pública convencida de la incapacidad del presidente.

Capítulo XII

1823

LA CAMPAÑA DEL DESAGUADERO:

EN PLENO CAOS PERUANO

R E S U M E N

Misión de Sucre al Perú — Sucre se embarca en la Guayaquileña y llega al Callao el 2 de mayo — Carácter complejo de su misión — Origen de las discordias entre el presidente y el congreso — Complejo de inferioridad en los conductores peruanos — Encomiable actividad de Riva Agüero para despachar el ejército de Santa Cruz — Consternación al anuncio del movimiento realista sobre Lima — Vaticano de Bolívar sobre la suerte de Santa Cruz — Aparente contradicción de Bolívar — Sucre acepta por fin el mando del ejército y evacua con él a Lima — Razón de haber resistido Sucre el mando del ejército unido — Canterac en Lima: exacciones — Canterac comprende su error táctico y evacua Lima — Bolívar invitado nuevamente para pasar al Perú — Duelo a muerte entre Riva Agüero y el congreso — El congreso decreta la destitución del presidente y el traspaso de los poderes públicos a Trujillo — Prevención del presidente contra los contingentes colombianos — Riva Agüero temía que los colombianos debilitasen el influjo de Santa Cruz, en la campaña de auxilio que iba a emprender al Sur — Santa Cruz ambicionaba triunfar sin el auxilio de Sucre — Se aparta del plan convenido previamente con Sucre — Pierde las oportunidades de batir separadamente a los generales realistas — Elude sistemáticamente la reunión con el general colombiano — “A vista y paciencia” del general peruano se reúnen los realistas procedentes de Lima con los que venían del Potosí — Santa Cruz evitaba que Sucre conociera sus movimientos — Cuando por fin escribió a Sucre para que viniera a reunirse, era ya tarde — Diferencia entre la ambición de Santa Cruz y la que se ha achacado a Bolívar — Los dos generales patriotas hacían movimientos divergentes mientras los realistas marchaban convergentemente — “El ejército del Perú no existe”, escribe Sucre a Bolívar — Resumen de la campaña — El orgullo y la mala ambición llevaron envuelto el castigo de los patriotas de Santa Cruz — El ejército, espantado, tuvo que escindirse para salvarse — Desconcierto lamentable — Sucre salvó prácticamente todo su contingente — Santa Cruz apenas pudo reunir unos novecientos de sus hombres dispersos — Mientras tanto en Lima y en Trujillo la discordia tomaba caracteres trágicos — Dificultad de las comunicaciones entre el Sur y las demás regiones de Colombia — Fecha del otorgamiento del permiso solicitado por Bolívar, y de su recibo — Bolívar se embarca para el Callao el 7 de agosto de 1823 — Doblez, y falacia de Riva Agüero — Atizando la guerra civil — Disuelve el congreso, y destierra siete diputados y nombra un senado de diez miembros — En Lima se inviste de la presidencia a Torre Tagle — Riva Agüero declarado traidor a la patria — Cuadro del caos peruano — El llamado de Riva Agüero a San Martín — Contestación de San Martín.

REFERIMOS ATRAS que el Libertador invistió al general Sucre con el cargo de ministro plenipotenciario ante el gobierno del Perú, encargado de acordar el plan de operaciones conveniente para la defensa del país, y el caso, modo y circunstancias en que debía comprometerse y obrar la división de Colombia. Investido también de las funciones diplomáticas llevó órdenes estrictas de no mezclarse en las disputas de los partidos.

La goleta de guerra La Guayaquileña lo recibió el 14 de abril, y el 2 de mayo arribó a las playas del Callao. Era el arribo de una avanzada del genio de Colombia a las tierras irredentas de los incas. No era sólo el representante del Libertador sino un guardián de las fuerzas auxiliares, un consejero para las operaciones que se emprendiesen, un diplomático que reclamaba la devolución de tres provincias colombianas arbitrariamente retenidas por el Perú: Jaén, Bracamoros y Mainas; y la ratificación del tratado celebrado por don Joaquín Mosquera el 6 de julio de 1822. Amplios eran sus poderes, tremenda su responsabilidad, alto y visible punto de mira para los tiros de la maledicencia nacionalista: porque al mismo tiempo que el país se encontraba en las garras, apuros y estertores de la muerte, los conductores, incapaces de salvarlo y de salvarse por sí mismos, alentaban una estúpida desconfianza contra sus benefactores generosos: fenómeno psicológico explicable por el complejo de inferioridad; es consecuencia lógica de la conciencia de la propia impotencia que se ve obligada a acudir al más fuerte. Es experiencia de todos los días: la grandeza del hombre superior humilla a los más que sin atreverse a confesar sus sentimientos lo manifiestan con el odio infecundo y la insolente diatriba.

Como hemos visto, la imposición armada forzó el congreso a investir de la presidencia del Perú a don José de la Riva Agüero. Hemos visto también que de aquí se originó una discordia inextinguible, sorda al principio, del cuerpo legislativo humillado y ofendido, y la persona del jefe del ejecutivo, a quien vengativamente

buscaban cómo perder. Riva Agüero ciertamente no se mostró inactivo en sus funciones usurpadas; puso todo empeño en arbitrar los medios de defensa, crear un ejército nacional y organizar la expedición que al mando de Santa Cruz iba a despacharse al alto Perú por Intermedios. No obstante, su práctica en el mando y su absoluta carencia de entrenamiento en cosas de la guerra se aprovecharon como manto encubridor de la jurada venganza. Santa Cruz se embarcó para el sur el 25 de mayo (1823).

El Libertador estudia con profunda aprensión desde Guayaquil las cosas del Perú y el 24 de mayo escribe a Sucre uno de sus más exactos vaticinios: “La expedición de Santa Cruz es el tercer acto de la catástrofe del Perú. Canterac es el héroe; y las víctimas, Tristán, Alvarado y Santa Cruz. Los hombres pueden ser diferentes, pero los elementos son los mismos. Sucederá una de estas tres cosas: 1a. Santa Cruz irá a Intermedios, lo atracrán, se disminuirá su división por marchas y contramarchas, enfermedades y combates. 2o. Es batido al principio si Valdés tiene tres mil hombres, o bate a Valdés si tiene menos, y entonces sucede la 3a. y es que Canterac por una parte y las tropas del alto Perú por otra acaban con nuestra división o la fuerzan a reembarcarse. Un cuerpo flamante como el de Santa Cruz en una retirada simple por desiertos no necesita para sucumbir más que perseguirlo vivamente con la infantería y caballería. La expedición de Santa Cruz, por muy bien que le vaya, deja al enemigo la mitad de sus fuerzas”.

¿Pero no encierra esta censura una contradicción con la aprobación previamente impartida por Bolívar al plan de la campaña? Tal la argumentación del historiador Paz Soldán, que Lecuna rebate señalando que esa aprobación la dio siempre y cuando que la fuerza expedicionaria no bajase de ocho mil hombres; y los contingentes de Santa Cruz no pasaban de cinco mil quinientos; y a otra condición se subordinaba la opinión del Libertador: que si el enemigo bajaba a Lima y se retiraba a la sierra todas las tropas patriotas debían marchar a Intermedios para poder resistir con éxito el poderoso empuje de Canterac.

Dejemos a Santa Cruz en su marcha a Intermedios para volver a la situación de la capital.

Vigilantes siniestros los generales realistas acampados en la Sierra, no podían menos que intentar aprovecharse de la situación de desorden de los patriotas para dar un golpe de mano sobre la capital. ¡Viene Canterac con sus veteranos! ¡Lima carece de suficiente defensa contra el temible y audaz jefe realista! La conster-

nación se apoderó de la Ciudad de los Reyes. ¡Acudamos al general Sucre en demanda de salvación!

La situación se tornaba por demás embarazosa para Sucre. Tenía que sortear la discordia interna en la que por su temperamento y por las instrucciones de Bolívar estaba firmemente decidido a no mezclarse. Tenía que salvar al ejército que se le había encomendado; tenía que salvar el honor del mismo ejército ante el enemigo que venía con siete mil hombres bien equipados, adiestrados y dirigidos, contra él, que apenas contaba tres mil setecientos mal equipados, entre los que se hallaban muchos reclutas.

¿Qué debemos hacer? Le preguntan a Sucre en una junta de guerra ad hoc. Mi obligación es obedecer la decisión del gobierno, responde. A buen seguro que si se hallara en condiciones de opinar libremente habría decidido defender la ciudad a viva fuerza. La diferencia de potencial bélico no lo hubiera arredrado, como no le impidió al año siguiente coronarse de laureles en Ayacucho ni fue óbice para castigar en 1829 la infame expedición peruana que al mando de un colombiano traidor a la patria pretendía invadir y conquistar "la tierra de sus libertadores". El gobierno de Riva Agüero decidió evacuar la capital, y Sucre mal de su grado aceptó la comandancia general del ejército que antes rehusaba y ejecutó el traslado de las tropas con la maestría que le era característica.

¿Por qué se negó tan persistentemente a aceptar la jefatura del ejército unido? Cuánto comprendía que ella era más nominal que real, por cuanto su autoridad no podía tener efecto sobre la división ya empeñada en la aventura de Santa Cruz y sólo se le ofrecía con el objeto de atraer al gobierno las simpatías del pueblo, por el prestigio del general y mientras se recibían las noticias del esperado triunfo del jefe expedicionario. Pero en vista del desconcierto aumentado por el movimiento de Canterac, teniendo en cuenta que de en medio de ese caos no podía surgir quien salvase las reliquias del ejército, resolvió deponer su actitud de negativa, y condujo las tropas al Callao.

Canterac se presentó ante la capital: exijo, intimó a la municipalidad, trescientos mil pesos, tres mil fustas, paño para vestimenta de mi gente en gran cantidad. Intentaba conquistar la parte independiente del Perú, es decir, las provincias del norte; pero pronto cayó en la cuenta de su error táctico al partir en dos el ejército realista ante la amenaza de Santa Cruz, el mismo error de táctica de San Martín que produjo la pulverización del ejército libertador; y menos de un mes permaneció en Lima después de esquilmarla y

saquearla, pues comprendió que lo prudente era reunir todas las fuerzas y marchar contra el expedicionario patriota, el 17 de julio.

Fue entonces cuando se despachó a Bolívar la tercera comisión, para que viniese al Perú, de que hemos dado cuenta.

Lima estaba todavía en manos de Canterac cuando el desarrollo de la pugna entre Riva Agüero y sus amigos y el congreso y sus simpatizantes elevó al máximo la discordia. El congreso se sentía fuerte por faltar al presidente el apoyo de Santa Cruz que lo había elevado pretorianamente, y porque era manifiesto que con él estaba la opinión general. Se desarrollaba un duelo a muerte entre los dos poderes, preludio de una desastrosa guerra civil que no podía evitar sino la mano poderosa y fuerte de Simón Bolívar. Así lo comprendían los buenos patriotas y el grueso del público.

El congreso lanzaba decretos hostiles al presidente que no hacían más que irritar los ánimos. Además el 19 de junio se dispuso la traslación a Trujillo del poder ejecutivo, los tribunales de justicia y el mismo congreso; y en una palabra, se destituyó a Riva Agüero el 23 de junio; pero por la intervención de Sucre este último decreto quedó en suspenso.

¿Cómo podrá Riva Agüero librarse de la red cuyas mallas le constreñían más y más cada momento? La guerra intestina era inevitable. Y ¿con qué fuerzas contaba el presidente? Por el momento sólo podía hacer uso de su doblez y capacidad de disimulo. Convino con Sucre ciertas cláusulas dilatorias para esperar la llegada de Santa Cruz a quien ordenó abandonar la campaña del Desagüadero y regresar a Trujillo, a donde se había dirigido en cumplimiento de la disposición del cuerpo legislativo, con los miembros del congreso adicto a él, y los componentes del poder judicial.

Llevaba Santa Cruz a Trujillo instrucciones que cumplir para el éxito de la expedición que Sucre preparaba en auxilio de la de Intermedios; pero Sucre estaba bien lejos de creer que las cumpliría: había penetrado bien hondo en sus intenciones. La hostilidad a los ejércitos auxiliares, y muy particularmente a los contingentes colombianos, se transparentaba en todo lo que hacía y en todo lo que dejaba de hacer. “Hay tan miserable prevención”, escribía Sucre a Bolívar el 19 de julio, “que hoy he notado muy poco gusto en el presidente a nuestra marcha de Intermedios, porque cree que nosotros debilitaremos el influjo de Santa Cruz allí”.

Tal era la tónica. El presidente necesitaba del apoyo de Santa Cruz, única esperanza de subsistir que le quedaba; Santa Cruz am-

bicionaba ejecutar la hazaña de derrotar a los españoles solo, sin auxilio de Sucre; ambicionaba los laureles sin una nube que hiciese sombra a su corona. Atentos a esas ambiciones, sin mirar más allá de sus personas, todo un movimiento patriótico quedaba anulado y en estas condiciones tenían que cometerse todos los errores que decidirían el fracaso.

Bien conocía Sucre la situación aflictiva para las armas republicanas. No obstante su temor del desastre, hizo un esfuerzo sobre humano para reforzar al ejército peruano, pero éste en vez de seguir el plan convenido con él, echó por sus propios caminos y fue implicándose en errores tras errores.

Pudo haber fácilmente batido a Carratalá en Arequipa y a La Serna en el Cuzco antes de que se reunieran; Valdés, destacado de Lima para reunirse con el virrey habría sido derrotado también con toda probabilidad: era el método aconsejado: batir separadamente las columnas enemigas sin dejar que efectuasen la concentración que buscaban y que realizaron finalmente. Facilitada así la reunión con el general colombiano que venía en ayuda del peruano las fuerzas combinadas habrían fácilmente vencido al ejército realista y cantado la final victoria de la revolución americana.

Todo daba la impresión de que el expedicionario trataba de eludir su reunión con Sucre, y así lo interpretan todos los historiadores; que a la ambición personalista de aquél se unían los celos, el odio y la repulsión del presidente que estaba en Trujillo, contra los efectivos extranjeros muy principalmente contra Bolívar y los colombianos.

De error en error, decimos, iba marcando el general peruano la huella de sus pasos.

Después del indeciso combate de la Zepita (25 de septiembre), escribe Sucre a Bolívar desde Arequipa ". . . *hay dos cosas muy graciosas en estas circunstancias, las cuales admirará usted como yo lo estoy hasta el aturdimiento; la una es que Santa Cruz teniendo cinco mil hombres y un río por medio como el Desaguadero, haya permitido a su vista y paciencia reunir tropas venidas de Lima con las que estaban en Potosí, consintiendo que los enemigos formen un cuerpo de seis mil hombres cuando él los encontró tan en detal que aquí había mil quinientos, en Sicuani mil con Olañeta, secciones todas dispersas, y sólo había de formal lo que trajo Valdés de Lima, que estaba tan atrasado. Lo segundo es que si Santa Cruz preveía que no tenía los medios de evitar la reunión cómo jamás me ha hecho conocer sus operaciones y me ha ocultado*

do todo? En su carta del 30 de agosto, fechada en el Desaguadero, nada, nada, me dice, sino hablarme de la acción de Zepita, y no me indicó siquiera su retirada a Oruro y la necesidad de concentrarnos, antes me habló de alejarnos más proponiéndome que yo fuese para el Cuzco. Sin embargo, para mostrar nuestra buena disposición, yo he movido el ejército a las 14 horas de recibir su insinuación, no obstante que este es un país infernal en donde es menester desde la leña hasta el agua para comer la tropa en el tránsito . . . ”

La segunda campaña de Intermedios fue pues una segunda edición de la primera con la diferencia de que la primera se perdió en medio de una espantosa carnicería; ésta se resolvió incruentamente a fuerza de errores originados en un deseo criminal de impedir el refuerzo colombiano para restarle prestigio y poder más fácilmente conseguir que abandonase el Perú. Santa Cruz estaba empeñado, como lo dice Sucre “en obrar por separado”.

En vista de sus desaciertos un descontento general cundió por todo el ejército. La desertión era cada día mayor, increíble la desmoralización, la falta de disciplina, la desobediencia. Al optimismo que hacía poco mostrara a Sucre el jefe independiente, sucedió su convicción de no poder evitar ya un fracaso total obrando solo; y sólo entonces, el 12 de septiembre, escribió a Sucre para que viniera a reunírsele: era ya tarde. Cuando el 29 del mismo mes recibió el colombiano esta carta, ya se habían reunido los realistas. Escribía Sucre a Bolívar: “Si yo me hubiera internado un mes antes y reunídomo con Santa Cruz las cosas tendrían otro semblante, pero las intrigas de Riva Agüero para devorar mi expedición, y la idea de Santa Cruz de que estemos siempre separados, nos ha puesto en el aprieto en que estamos”.

O’Leary atempera un tanto esta falta, este crimen del procedimiento de Santa Cruz, aprobando en él un deseo de gloria. A Bolívar se le ha echado en cara como un baldón su “insaciable ambición de gloria”; pero Bolívar no puso jamás su deseo de gloria por encima de los intereses de la libertad; todos sus pensamientos, todas sus pasiones, todos sus actos eran movidos por esa palanca de Arquímedes. Para lograr la libertad de América no se le ocurrió jamás celar los contingentes que se le reunían o desconfiar de los jefes y oficiales que los secundaban o echar atrás a los que “algún día pudieran emularlo”. Mientras más hábiles y más aptos, tanto mayores las consideraciones y confianza de que eran objeto, tanta mayor participación les brindaba en los laureles que adornaban su frente.

Mientras Canterac desde Lima y la Serna desde el Cuzco hacían un movimiento convergente para unir sus fuerzas y caer sobre el jefe republicano, éste parecía rehuir a su compañero y se movía en sentido divergente. Cuando el general de Colombia recibió el llamado del peruano, se puso en camino con la esperanza de salvarlo. Era ya tarde, repetimos. Los realistas se habían reunido, los republicanos habían lanzado el sálvese quien pueda. Sucre, en consecuencia, desistió de ir a buscarlo, porque Santa Cruz había efectuado el desbande hacia Moquehua. De los cinco mil hombres de la brillante expedición sólo se habían salvado y llegado allí novecientos.

Y Sucre escribe al Libertador el 11 de octubre desde Quilca: “Mis temores respecto a la campaña del sur se han verificado. El ejército del Perú no existe, y cinco mil hombres perfectamente situados, con bastante moral, en un país patriota y en la oportunidad de haber libertado al Perú, no tiene ya sino los recuerdos de sus faltas para contemplar su disolución sin una sola batalla. Nadie sabe por qué se ha perdido el ejército. Santa Cruz, cuando le he preguntado por qué no libró su suerte en una batalla, me ha respondido que cuando trató de darla se le había extraviado el parque, con artillería, etc., y que no le apareció sino a los dos días, en que ya disminuído en la mitad de la fuerza no le era posible emprender nada. Lo cierto es que se ha perdido el ejército con la más grande vergüenza, y por una fortuna no he perdido yo estos cuerpos, que debieron ser envueltos en la ruina de los del Perú”

Así fue. En pocas palabras pueden resumirse los sucesos que llevaron a este fin desastroso. Sucre había marchado desde Lima a apoyar a Santa Cruz en su campaña y a dirigirla como comandante en jefe de las fuerzas aliadas de la república. Asustados los españoles que ocupaban a Lima por una división de sus tropas y la intentada reunión del general colombiano con el general peruano, Jerónimo Valdés fue destacado de la Ciudad de los Reyes hacia el sur para impedir la conjunción de los 8400 hombres a que Santa Cruz había logrado aumentar su columna con los tres mil cuatrocientos de Sucre. Pero aquél, infatuado por una parte, con el número de su gente, y convencido de que con ellos solos podía hacer frente victorioso a los enemigos, y descoso, por otra, de mandar solo, sin la tutela o jefatura suprema del mal mirado colombiano, y a más de esto, ambicioso de ganar para sí la gloria de rematar la empresa colosal de la independencia, hacía cuanto estaba a su alcance para impedir la incorporación. ¡No contaba con su poca capacidad de general y estratega, esencial, antes que el número, para el éxito de

la guerra! Entre errores, pérdidas de oportunidades y torpezas dejó que Valdés se reincorporase con La Serna y se les uniera Olañeta. ¿No lo preveía? Entonces ya le asaltó la temible desconfianza de sí mismo. El orgullo y la mala ambición llevan envuelto su propio castigo dentro de sus mallas, sofocantes como vil dogal.

¡Son más de seis mil hombres que me amenazan de muerte!
 ¡Venga usted en mi auxilio! Sucre que antes deseaba ardientemente hacerlo mientras su colega lo rechazaba, ahora ya no podía por motivos estratégicos. Las unidades de Santa Cruz comprendieron el gran peligro que los amenazaba, y comenzaron a escindirse lamentablemente: unos desertaban, los equipajes se veían abandonados, acá yacían las municiones dejadas a merced del enemigo, por allá se veían tirados en el suelo los cansados que no podían seguir huyendo; lo que restaba fue avistado y acabado de dispersar por el general La Hera y en la precipitada fuga el brigadier peruano llegó con sólo seiscientos hombres a Moquechua, donde se le reunieron trescientos dispersos. ¡Moquechua! ¡Fatídico nombre en los anales de esta feria de pequeñas pasiones peruanas contra sus aliados, libertadores de su patria!

Sucre logró salvar su gente intacta salvo un pequeño descalabro de una columna conducida por el intrépido Miller, que mandaba el escuadrón compuesto de doscientos caballos, y se embarcó en Pisco rumbo al Callao.

Cuando comenzamos a narrar la segunda campaña de Intermedios o campaña del Desaguadero llamada también la campaña del talón, esto es hacia el 20 de julio de 1823 fecha del embarco de Sucre para el Sur, habían ocurrido en Lima hechos de la mayor gravedad.

Fomentando el desacuerdo surgido entre Riva Agüero y el congreso, aquél había propuesto la disolución del cuerpo legislativo; más éste, en venganza, reintegra a su seno a los miembros de la antigua Junta gubernativa enemigos de aquél, es decir al marqués de Vista Florida, la Mar y Alvarado, y declara la destitución del presidente, pero Sucre, que considera la situación como el comienzo de una guerra intestina, protesta y amenaza con restituirse a Colombia con su contingente para no contaminarse con esta situación funesta. En consecuencia se conviene en dejar en suspenso la providencia de destitución, aunque no por eso los asuntos dejaron de mostrar el cariz que traían; pero de todos modos, con la patriótica actitud de Sucre, Riva Agüero continuó gozando de su posición, y con el congreso se embarcó para Trujillo, designada como nueva sede de las autoridades nacionales.

Lejos de aplacarse los bandos inflamados del congreso y el presidente, la escisión condujo al crimen de alta traición en masa de que luego daremos cuenta.

La comunicación entre la capital de Colombia, Santa Fe de Bogotá y las provincias del Sur pacificadas y redimidas por Bolívar y su lugarteniente Antonio José de Sucre, se había hecho casi imposible debido al nudo de los pastusos, hábilmente fomentado y estimulado por la brillante fuerza española que en el Perú tenía en jaque a la causa de la independencia, y los numerosos realistas que abundaban en Colombia y Perú. Por el otro extremo de Sur América hostilizaban y concurrían al mismo efecto de obstruir las comunicaciones los rezagos de la expedición de Maracaibo al mando de Morales, que al fin fueron eliminados en esa ciudad y Santa Marta en este año de 1823. Esta situación produjo entre otros muchos inconvenientes el de la demora en conocerse a debido tiempo las disposiciones adoptadas por el poder ejecutivo nacional por un lado y el Libertador presidente por otro; así que el permiso tan urgentemente solicitado por Bolívar para trasladarse al Perú que fue concedido por el congreso el 4 de junio, no pudo llegar a su destino sino el 2 de agosto (1823). Preparado como estaba desde mucho tiempo antes, ya que tenía fe en su estrella que lo guiaba en su destino de Libertador, no le fue preciso demora alguna para emprender la marcha, y el 7 del mismo mes se hacía a la vela en el bergantín Chimborazo. La fecha era de buen augurio. Era la de su primera gran batalla definitiva con que después de ocho años pacientes de luchas hercúleas desterró al imperio español de uno de sus tres grandes y ricos virreinos: la batalla de Boyacá, que le permitió labrar en firme bajo la égida de leyes sabias el porvenir de la Nueva Granada.

La situación de Riva Agüero, hemos visto, fue resuelta decorosamente por la intervención de Sucre, que mediante la amenaza de restituirse a su patria con las tropas que se le confiaron, antes que mezclarse en la guerra civil, y las advertencias de cordura ante el poderoso enemigo vigilante, inteligente e intrépido, logró se dejase sin efecto el decreto de suspensión y destierro del presidente. Hemos visto igualmente que el presidente se allanó mal de su grado a continuar sus funciones en Trujillo, a donde se trasladó con los poderes nacionales incluso el congreso. Si la operación facilitaba la defensa del Callao, urgente preocupación de Bolívar y motivo de instrucciones perentorias, no sirvió para curar los ánimos irritados ni menos hacer que los ambiciosos depusiesen sus rencores en las aras sagradas del patriotismo.

Renuentemente se había trasladado Riva Agüero a Trujillo. Sucre lo había amparado de la destitución con su influencia de jefe supremo militar; y el falaz personaje simuló avenencia a instalarse en esa ciudad; pero hirviendo el ánimo de rencor e ira escondía en los repliegues de sus entrañas la decisión de no acatar el decreto de traslación de las autoridades a esa ciudad antes de embarcarse para su destino, y secundado por sus amigos José Novoa, Manuel Pérez de Tudela, y Francisco Carrillo y Mudalla, firmó el 21 de junio una secreta protesta en que manifestaba que si había puesto al decreto el cúmplase presidencial era en virtud de la necesidad de ahorrar persecuciones a su familia, y bajo la coacción de Sucre y sus fuerzas colombianas, las únicas que existían en el Callao.

El 29 de junio estaba en Trujillo. Su única preocupación fue desde entonces allegar tropas y recursos con que hacer la guerra civil efectiva, dando un grito de rebelión armada.

Puso por obra su viejo proyecto de disolver con un decreto el congreso y en su lugar instituyó un senado de diez miembros; apresó a siete diputados y los embarcó confinados al ejército del Sur. Por su parte Torre Tagle en Lima procedió destituyendo de los puestos públicos a los adictos a Riva Agüero; reinstaló el congreso el 6 de agosto (víspera del embarco de Bolívar para el Callao), y para esto se echó mano de los diputados existentes en Lima y el Callao, y de suplentes ad hoc. Y lo que llevó los acontecimientos al máximo fue declarar vigente la destitución de Riva Agüero, y a éste, traidor a la patria. Torre Tagle es investido con la presidencia. No podía darse mayor caos en esta situación del país: en el Sur, derrotadas las fuerzas con que contaba; en el norte, las tremendas luchas intestinas entre Riva Agüero y Torre Tagle, dos rivales presidentes, ambos alegando legitimidad en la sierra; y en el alto Perú los ejércitos del rey, los más numerosos, los más aguerridos, con los mejores generales que tuvo jamás la península en América, victoriosos, y justamente envanecidos con sus triunfos ininterrumpidos de tantos años sobre los patriotas desmoralizados por tantos reveses, con la indisciplina y bastardas ambiciones de sus jefes inhábiles y despreocupados de la única tarea que debían cumplir para salvar el país. A más de esto, la república empobrecida por la guerra y por las exacciones en que se turnaban patriotas y realistas.

Y a todo esto, como un demonio salvaje y tentador, Riva Agüero puso por obra su siniestro plan liberticida despachando a Santa Cruz emisarios encargados de excitarlo a que suspendiese la campaña en que estaba empeñado para que se ocupase en arrancar

a los pueblos, a los cabildos, representaciones de que no obedecerían otra autoridad que la del proponente; le excitaba, en una palabra, a tomar posiciones para expulsar del Perú, a los auxiliares de Colombia, y para que abandonase la campaña sobre el Alto Perú, que lo llevó al Sur; y corriese con su ejército a sostener sus traidoras pretensiones.

No omitió siquiera acudir a San Martín que se hallaba en Mendoza. ¿Se acordaría Riva Agüero de que sus manejos fueron causa muy importante en el proceso de desmoralización del ejército del ilustre prócer argentino y de su decisión de ausentarse del suelo peruano? Es que la noticia del embarco del Libertador para el Perú lo llevó al último grado de su desesperación, convertida en verdadera locura. Pues tuvo la osadía de tentar al ex Protector con una carta zalamera a la que éste le dio la contestación que merecía:

“Al ponerme semejante comunicación, sin duda alguna se olvidó que escribía a un general que lleva el título de Fundador de la Libertad del país que Ud., sí . . . , que Ud., sólo, ha hecho desgraciado. Si a la Junta gubernativa y a Ud., ofrecí mis servicios, con la precisa circunstancia de estar bajo las órdenes de otro general, era en consecuencia de cumplir al Perú la promesa que le hice a mi despedida, de ayudarlo con mis esfuerzos si se hallaba en peligro como lo creí después de la desgracia de Moquegua. ¿Pero cómo ha podido Ud. persuadirse que los ofrecimientos del general San Martín (a los que Ud. no se ha dignado contestar) fueran jamás hechos a un particular y mucho menos a su despreciable persona? Es inconcebible su osadía grosera al hacerme la propuesta de emplear mi sable en una guerra civil”.

“¡Malvado! ¿Ud. sabe si ésta se ha teñido jamás en sangre americana? y me invita Ud. a ello al mismo tiempo que en la gaceta que me incluye, el 24 de agosto, proscribire al Congreso y lo declara traidor... al Congreso que Ud. ha supuesto tuvo la principal parte en su formación: sí, tuvo Ud. gran parte, pero fue en las bajas intrigas que Ud. fraguó para la elección de diputados y para continuarlas en desacreditar, por medio de la prensa y sus despreciables secuaces, a los ejércitos aliados y a un general de quien Ud. no había recibido más que beneficios, y siempre será responsable al Perú de no haber hecho desaparecer a un malvado cargado de crímenes como Ud.

“Dice Ud. iba a ponerse a la cabeza del ejército que está en Huaraz; y ¿habrá un sólo oficial capaz de servir contra su patria, y más que todo a las órdenes de un canalla como Ud.? ¡imposible!

Escribo al coronel Urdininea pero es haciéndole un fiel retrato de la negra alma que Ud. alberga . . . ¡Eh! . . . basta, un pícaro no es capaz de llamar por más tiempo la atención de un hombre honrado! ”.

JOSE DE SAN MARTIN

Capítulo XXIII

1823-1824

ARROJADO EN LAS LLAMAS COMO CURCIO

RESUMEN

Bolívar recibe un ruidoso homenaje al llegar al Callao y a Lima — La nota de la Gaceta del Gobierno de Lima — Se le quiere investir con la dictadura, que rechaza — Se le otorga la suprema autoridad en lo militar y en el ramo de hacienda — Riva Agüero en franca rebeldía para sostenerse en la presidencia y expulsar del país a Bolívar — Invita a San Martín a volver — Airada contestación del Protector — Desconcertante tratamiento en la contestación de San Martín a otra carta de llamada: prueba contra la carta de Lafond — Bolívar facultado para reducir al disidente — Error de no aceptar la dictadura — Animosidad contra Bolívar, no obstante su moderación — Bolívar rechaza el sueldo que se le asigna — Modelo de Franqueza — Discurso ante el congreso: “Señor, yo ofrezco la victoria” — La descomposición del país — La emoción, traducida por Paz Soldán — Homenajes de Bolívar a San Martín y O’Higgins — Riva Agüero espera acrecentar su fuerza y prestigio con las esperadas unidades de Santa Cruz y la ayuda de San Martín — Pensamiento de Riva Agüero contra la legitimidad de la intervención de Bolívar en asuntos peruanos — El Libertador apela en vano a medios pacíficos para reducir al rebelde — Riva Agüero apela a expedientes dilatorios para ganar tiempo — Error de un historiador al decir que Bolívar se aprovechó del ejército creado por San Martín — Destrucción sucesiva de su ejército y toda su organización, obrada desde antes de la llegada de Bolívar hasta la entrega del Callao a los españoles por los restos de las fuerzas argentinas — Se imponía ya el empleo de la fuerza contra Riva Agüero — Bolívar se conforma con una nueva conferencia — Revela al delegado del rebelde, coronel La Fuente, las sospechas de tratos con los realistas — La Fuente hace reminiscencias de ciertas frases comprometedoras de su jefe — La tarea de Bolívar fue la de resucitar a Lázaro — La única esperanza para la libertad del Perú era Colombia — El pensamiento de Bolívar abarca el panorama universal hasta en sus detalles mínimos — Nuevo ejemplo de franqueza y sinceridad en Bolívar — Noticia del desastre de Santa Cruz y nuevas exigencias a Santander — “A los peruanos les importa muy poco esta derrota” — No puede conducirse una guerra entre las ataduras y demoras de las leyes — “Hay que hacer sacrificios extraordinarios” — Mientras tanto Riva Agüero hacía proposiciones dilatorias a fin de ganar tiempo para perfeccionar la traición — Bolívar en marcha — En las cordilleras Blanca y Negra — Se coloca entre Riva Agüero y los realistas — Sucre rehusa tomar parte en la contienda civil — La Fuente sorprende cartas cruzadas entre Riva Agüero y los realistas — Prende al rebelde y a varios de sus cómplices — El gobierno lo sentencia a muerte — La Fuente destierra a Riva Agüero y Ramón Herrera — Desembarcan en Guayaquil y de aquí son desterrados a Europa — Loriga abandona sus posiciones a 1,000 kilómetros de Lima.

BOLIVAR había gustado muchas veces el supremo deleite de un amante de la gloria como él, de verse objeto de aclamaciones ruidosas y blanco del amor de las masas. El 6 de agosto de 1813 después de su campaña relámpago sin paralelo, conocida con el nombre de campaña Admirable; en Bogotá tras la derrota de Barreiro en Boyacá y con la pulverización del ejército central que Morillo mantenía en Nueva Granada; en Caracas, después de batido en Carabobo el ejército comandado por La Torre, que dio libertad a Venezuela; en Quito y Guayaquil, terminada la primera campaña de Pasto y la batalla de Pichincha ganada por Sucre, la que redondeó por el sur el territorio de la república de Colombia. En estas ocasiones no faltaron a su gloria ninguno de los homenajes con que los pueblos agradecidos saben obsequiar a los que con sus hazañas, en medio de riesgos de su propia vida, sin mirar a sus privaciones y sacrificios personales, se dedican a labrar la felicidad de los demás. Mas en los ejemplos aducidos entraba el Libertador orlado con los laureles de sus triunfos recientes; no así el de este primero de septiembre, cuando puso pies en el Callao y más aún al día siguiente cuando hizo su entrada en Lima. Ese júbilo desbordante de las masas, sus aplausos y vítores, las flámulas y banderas que se agitaban rivalizando en el privilegio de rendir honores al recién llegado; esas cabalgatas improvisadas para acompañarlo; los gritos de júbilo, la alegría y bullicio desbordantes y que no obstante, no podían ahogar el nombre de Bolívar flotante por encima de todo ese vocerío; no era ahora el homenaje a un vencedor que entraba después de la ruda hazaña: era el glorioso saludo tributado

Desde que en el Callao, el primero de septiembre (1823) se dieron cuenta de que se aproximaba el bergantín Chimborazo, se despachó aviso a Lima y las banderas de todas las naciones libres de América surgieron sobre las almenas de las fortalezas. El viento impulsor de las velas del Chimborazo anunciaba la apreciada carga a los pabellones y estos saludaban al gran hombre en concierto indefinible con el retumbo y estrépito de los cañones de la plaza.

Por su parte el presidente Torre Tagle, sus ministros y grandes de la capital y una inmensa cola de gente común corrieron al Callao a aumentar la jubilosa recepción; los escasos batallones formaron calle de honor hasta donde su número se lo permitió, y su entrada fue la entrada triunfal anticipada de un vencedor futuro: tal era la fe que todos tenían en el hombre deseado desde tanto tiempo para que recuperara lo que habían perdido, y salvara lo poco que quedaba libre de la patria y amenazado por las pequeñeces de las pasiones de los compatriotas.

“Suspirado tan de antemano”, según las preciosas palabras de la reseña publicada al día siguiente en la Gaceta del Gobierno de Lima, “reclamado por nuestras necesidades, y en tiempo más oportuno por las críticas necesidades que nos rodean. Es imposible sondear el exceso de júbilo que causó en la capital esta noticia inesperada apenas llegó a traslucirse. El pueblo enajenado por el placer corría de todas partes para saciar sus deseos con la vista del héroe, modelo el más singular de constancia, que ha ocupado por tanto tiempo la fama con su nombre, sus desgracias y sus victorias. Gracias al cielo, exclamaban algunos en medio del entusiasmo, ya renació entre nosotros la uniformidad de la opinión; ya llega el que pisará la orgullosa cerviz de la anarquía que amenazaba devorarnos; su nombre sólo basta para hacer temblar a los sediciosos . . . Tan grande en sus infortunios como en sus mismos triunfos, aprendió en la escuela de la adversidad a domeñar la fortuna, y en premio de su constancia la victoria dirige ahora sus pasos. Se humillará el orgullo de los sátrapas peninsulares. Se anonadará el espíritu de sus tropas apenas sepan la llegada a esta capital del Libertador de Colombia para sostener nuestra causa y que ha prometido no envainar su espada mientras que permanezca un sólo tirano en América. Bien supieron sus compañeros de armas en Boyacá y Carabobo cuan exacto es en cumplir sus promesas.

“Crecía a cada instante la impaciencia del pueblo por la demora, y no pudo satisfacerla hasta las tres de la tarde, hora en que empezó a divisarse desde lejos la comitiva. Entonces no tuvo más límite el frenesí patriótico, y en medio del estruendo de la artillería

ría, el repique de las campanas, y los incesantes vivas fue llevado como en triunfo a la casa que se le había destinado. Allí fue recibido por una comisión del soberano congreso compuesta por seis individuos de su mismo seno que al felicitarlo por su plausible llegada se felicitaban a sí mismos y a toda la nación peruana . . . Tú entre tanto, héroe generoso, recibe estas sinceras demostraciones como primicias del agradecimiento de un pueblo que te ama, te respeta y en ti cifra sus esperanzas . . . Seas el Libertador del Perú como lo fuiste de tu amada Colombia y añade este nuevo blasón a tus glorias. Las virtudes cívicas que desde la revolución de los cantones suizos parece que se han sepultado con Guillermo Tell en Europa, han vuelto a renacer entre nosotros. Se aparecieron primero en Norte América y en ti han sentado su trono; en ti, que glorioso con el primer título de soldado de América, eres defensor de las leyes, y te glorías de ser a un tiempo mismo su esclavo mientras que tu alma, sólo igual a sí misma, está satisfecha con merecer los honores que rehúsa y sólo exige por prenda a sus trabajos la libertad de los pueblos y la gloria”.

Esta crónica del periódico oficial es sólo un eco de los acontecimientos jubilosos que rodearon al Libertador a su arribo al país de los incas. Su corazón, hombre al fin, debía rebosar de júbilo ante estos homenajes que continuaban y afirmaban su fama. Pero su mente no se dejó envolver y avasallar por ese resplandeciente manto de gloria. “El fin único de mi vida es la guerra americana. Yo he salido de Bogotá a buscar a los enemigos de América donde quiera que se hallen, y estos huellan todavía el territorio del Perú”, dijo en su nota del 5 de septiembre al congreso, que desde el primer momento insistía en investirlo con poder absoluto que tercamente rechazaba Bolívar: erróneamente, comenta Lecuna porque la situación de la república era tal que si una sólo persona no tenía en sus manos la plenitud de los poderes los pasos militares necesariamente se verían entorpecidos por las trabas ejecutivas y las escaseces económicas; y apunta el gran historiador la sabiduría con que obró el Capitán de los Andes, San Martín, al asumir todos los ramos del gobierno con el Protectorado.

Para obrar así, Bolívar tomaba en cuenta que su condición de extranjero sería causa del rencor de los peruanos al sentirse regidos absolutamente por él. Así es que al saber en el Callao que ya el congreso había restablecido el poder soberano y nombrado un gobierno de su espontánea elección suspiró aliviado su corazón de una de las más enojosas cargas que pesaban sobre él, a saber, la de inmiscuirse en ramo eminentemente civil para reinstalar los poderes

nacionales: "He renunciado para siempre al poder civil que no tiene una íntima conexión con las operaciones militares; mejor diré, he conservado aquella parte del gobierno que contribuye como el cañón a la destrucción de nuestros enemigos. En este concepto vuelvo a ofrecer al congreso del Perú mi activa cooperación a la salvación de su patria; pero esta oferta no puede extenderse más que al empleo de mi espada". Esto escribió al congreso que meditaba investirlo de una vez con poderes omnímodos, con la dictadura. Más tarde se verá que el congreso tenía razón; pero respetando los escrúpulos que le inspiraba su laudable moderación, el cuerpo dictó su decreto el 10, por el que le confería "la suprema autoridad en el ramo militar y en el de hacienda".

Y Riva Agüero a todas estas hacía los aprestos para sostener su puesto de presidente del Perú contra las disposiciones del congreso, y para eliminar al Libertador, que comprendía ser el obstáculo más grande interpuesto entre la patria y sus ambiciones.

En este camino no vaciló en entenderse con los jefes realistas de la sierra cuya cooperación solicitó para que le ayudasen a expulsar del Perú a Bolívar. Reclutó tropas y logró reunir tres mil hombres, y se dispuso a hacer frente al congreso con ellos y con los contingentes de Santa Cruz a quien, como hemos visto, llamó con urgencia para que viniese en socorro suyo. Más tarde se descubrió que trabajaba por revolucionar la provincia de Guayaquil. Propuso a La Serna un armisticio, comprometiéndose a expulsar del Callao y Lima las tropas auxiliares, con la cooperación de las fuerzas realistas si aquéllas ofrecían resistencia. Finalmente, este hombre, factor muy principal en la obra de desacreditar y hacer imposible la vida a San Martín mientras estuvo en Lima, se atrevió a solicitar, como hemos visto en el capítulo anterior, el concurso del ínclito argentino para su obra traidora, excitando la profunda indignación que trasunta su respuesta.

Pocos días después escribieron al mismo San Martín para invitarlo a que volviera al Perú, los señores Luis José Obregoso, C. García Postigo, Jorge Soyer, Santa Cruz, Mariano Portocarrero y Martín Jorge Guise. La contestación del exprotector se dirigió a Riva Agüero, y es, de paso desconcertante el tratamiento de "querido amigo" que le da, cuando no habían pasado treinta días de escrita aquella despreciativa respuesta. Su prudente consejo contenía estas palabras:

"Sin perder un sólo momento cedan las quejas o resentimientos que puedan tener; reconózcase la autoridad del congreso, malo, bueno o como sea; pues los pueblos lo han jurado; únense como es

necesario y con este paso desaparecen los opresores del Perú, y después matémonos unos contra otros. Muramos, pero no como viles esclavos de los despreciables y estúpidos españoles, que es lo que irremediablemente va a suceder.

“He dicho a usted mi opinión; si ella es aceptada por ustedes estoy pronto a sacrificar mi vida privada; venga sin pérdida de un momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del congreso, pues la espero para decidir mi destino”.

Como se deduce de esta comunicación eminentemente honrosa para el héroe del Sur, su separación del Perú no la hizo con el carácter irrevocable que le asigna la carta de Lafond, puesto que declara sin ambages que volvería con ciertas condiciones que están de acuerdo con su profundo sentido de la legalidad y el orden.

Para enlazar debidamente los acontecimientos de esta época, volvamos ahora al Libertador. El 3 de septiembre, esto es, al siguiente día de su entrada triunfal en Lima, atento el congreso a la necesidad primera del momento, que era evitar la guerra civil para efectuar la cohesión de la opinión nacional, unificar el país para que como un sólo hombre emprendiese la guerra contra el común enemigo, sabiamente invistió al Libertador de todas las facultades que necesitase para reducir al disidente. Tal era la preocupación por la actitud de Riva Agüero, tan grande es la necesidad de la cooperación de Bolívar y tan ahincada la fe en la eficacia de su intervención en el Perú. Esta investidura otorgada con tanta premura, interrumpiendo bruscamente los actos protocolares de rigor por su deseado desembarco en playas de la república, es más elocuente que cualesquiera otras muestras exteriores.

Desde el primer momento, como se ha visto, quiso el congreso investirlo con la dictadura total, erróneamente rechazada por él. ¿Cómo pudo tomar esa determinación un hombre convencido de que el triunfo de la libertad que nimbaba sus sienes no hubiera tenido lugar sin tener en sus manos todos los poderes públicos? No conocía su perspicacia la situación caótica del nuevo campo de lucha, tan caótica, si no lo era más, con la existente en los países ya libertados por sus manos durante su intervención armada.

De sobra conocía todo esto; la veleidad de los dirigentes listos a girar como la veleta a impulsos del viento dominante, a entregarse a los representantes de un régimen que no estaba aún bien desarraigado de su amor, profundamente empapados en un venenoso nacionalismo que los hacía repudiar lo mismo que solicitaban: la ayuda del extranjero; y mientras al mismo tiempo tenían levantado

sobre sus espaldas el puñal traidor, que lo llamaban a él, mientras era víctima de su repulsión, diatribas y odio; pero su grande espíritu se levantaba sobre estas miserias y miraba sólo al desenlace del drama que él estaba representando en cumplimiento de su ingénita generosidad y de un solemne juramento: la independencia del antiguo reino español.

Esta compleja modalidad y psicología colectiva de un país que no era su patria, fue, a nuestro parecer, la valla ante la cual se detuvo para que continuase la inconveniente dualidad de mando que por tiempos entorpeció su acción. Quería evitar la susceptibilidad que desde entonces había surgido y que no obstante esa moderación ejemplar surgió y en ciertos sectores peruanos sigue señoreándose contra su generoso padre y Libertador.

¡Me basta mi sueldo de presidente de Colombia! ¡La guerra americana es el fin único de mi vida! Figuró entre los honores del congreso la asignación de un sueldo anual de diez mil pesos; qué cosa más apetecible para un mercenario que aumentar con aporte tan importante el sueldo de que ya disfrutaba como presidente de Colombia.

La franqueza y sinceridad del Libertador negada por émulos envidiosos posteriores lo lleva a veces a episodios nada diplomáticos. Su penetración y captación de las condiciones del ambiente era una de las muchas cualidades que justificaban su condición indiscutida de jefe supremo de una trascendental revolución y árbitro de sus destinos. Armado con este conocimiento indispensable fue como pudo sortear cuanto escollo interno se opuso siempre a sus benéficos designios. Pero como decimos, no siempre pudo guardar la prudente reserva en el manejo de los hombres que imponían las circunstancias. Y ocurrió que llegada a su presencia la comisión del congreso para presentarle sus homenajes, con asistencia del presidente Torre Tagle, su gabinete y otros prominentes funcionarios, y al presentarles los votos del cuerpo legislativo el Libertador no tuvo reato para manifestarles que era preciso hacer posible su futura acción destruyendo "los abusos de la administración, que hasta entonces había sido viciosa y corrompida". Puñalada franca y certera al corazón de los responsables presentes, que no se intentó vengar ni desviar entonces; pero que nos aventuramos a considerar como un granito de mostaza de lenta quizás, pero vigorosa germinación . . .

A su turno se presentó en el congreso el 13 de septiembre. Iba a rendirle su obsecuencia, a asegurarle su sumisión, a prometerle sus servicios al país, a agradecerle la confianza en él depositada.

Necesitamos presentar de cuerpo entero al Libertador y no hay método más objetivo que hacerle hablar, por decirlo así, reproduciendo sus discursos, si no todos por imposible, al menos aquellos que por ser pronunciados en los momentos más solemnes son la más auténtica revelación de sus principios y propósitos. Dijo Bolívar en la ocasión: "El congreso constituyente del Perú ha colmado para conmigo la medida de su bondad: jamás mi gratitud alcanzará a la inmensidad de su confianza. Yo llenaré, sin embargo, ese vacío con todos los sacrificios de mi vida: haré por el Perú mucho más de lo que admite mi capacidad, porque cuento con los esfuerzos de mis generosos compañeros: la sabiduría del congreso será mi antorcha en medio del caos de dificultades y peligros en que me hallo sumergido. El presidente del estado, por sus servicios, patriotismo y virtud, habría él solo salvado a su patria si se le hubiese confiado este glorioso empeño: el poder ejecutivo será mi diestra y el instrumento de todas mis operaciones. Cuento también con los talentos y virtudes de todos los peruanos, prontos a elevar el edificio de su hermosa república. Ellos han puesto en las aras de la patria todas sus ofrendas; no les queda más que su corazón, pero ese corazón es para mí el paladín de su libertad. Los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre el Perú o todos morirán: Señor, yo lo prometo".

"Señor, yo ofrezco la victoria confiado en el valor del ejército unido y en la buena fe del congreso, poder ejecutivo y pueblo peruano; así el Perú quedará independiente y soberano por todos los siglos de existencia que la Providencia Divina le señale".

Señor, yo os lo prometo . . . ¡Y cuando Bolívar hacía una promesa . . . ! Pero ¿cómo podía hacer semejante declaración cuando veía ante sí el abismo de descomposición social y política que estaba dando al traste con lo que quedó de la obra de San Martín y preveía aún hasta las traiciones ominosas, la alianza de los jefes militares y políticos con el enemigo para echarlo del país con sus fuerzas libertadoras y los demás generosos auxiliares; por otra parte divididos entre sí por miserables rivalidades? En otras palabras, veía, tocaba la abrasadora llama que irremisiblemente corría, corría extinguiendo hasta la idea de la independencia. En eso consistía el secreto de sus éxitos. El tenía firme confianza en sus condiciones de caudillo, estaba acostumbrado a desbaratar sediciones internas como las del año 14, el año 15, el año 16, el año 17; a reducir a la unidad indispensable de acción la diversidad de facciones, gusano

roedor de toda empresa; fue el maestro por años de patriotismo en pueblos a quienes todavía halagaba "el roce de las antiguas cadenas". No es pues que Bolívar hiciera la cuenta sin la huésped. Brotes como ese discurso, no escasos en su historia, llamados peyorativamente por ciertos escritores modernos "tropicalismo verbal" se atraían las multitudes y consolidaban las virtudes cívicas y militares. Tocante a la presente ocasión, cita Francisco Encina a Paz Soldán, historiador peruano, adverso como el que más al héroe: "Nadie podía resistir tanta emoción, y hoy mismo, al recordar estos momentos sublimes bendecimos el nombre de Bolívar".

Donde brilló la excelencia de la generosidad contra el egoísmo que se oye atribuírle por sus envidiosos es en el banquete que el 9 le dieron las autoridades en la casa de gobierno. Como es costumbre de los adulones de todos los tiempos, se veía halagar a Bolívar olvidando o como ahora se dice, "ignorando" absolutamente al noble ex-Protector que inició y proclamó la independencia del Perú después de que O'Higgins cooperó a la par con él e hizo posible el equipo de la gloriosa armada del almirante Cochrane. El brindis del Libertador fue una rectificación de una cobarde actitud, una lección de gratitud y grandeza de alma, un reconocimiento de los méritos de los que antes que él habían puesto su contingente en la obra de la regeneración del país: "Señores, brindo por el buen genio de América que trajo al general San Martín con su ejército libertador desde las márgenes del Río de la Plata hasta las Playas del Perú; por el general O'Higgins que generosamente lo envió desde Chile; por el congreso del Perú que ha reasumido de nuevo los derechos soberanos y ha nombrado espontánea y sabiamente al general Torre Tagle presidente del estado y porque a mi vista los ejércitos aliados triunfen para siempre de los opresores del Perú". El hombre sincero e impulsivo hasta la imprudencia, el caudillo de profunda fe en sí mismo, el de corazón grande y magnánimo que no se prestaba a ocultar el mérito ajeno en la tarea común, brilla sin más comentario en las tres citas que acabamos de presentar. Habría luego de hacer reponer en la sala del palacio de gobierno el retrato del Capitán de los Andes que manos desagradecidas e iconoclastas pretendían, descolgándolo, relegar a olvido eterno.

En medio de la alegría y agasajos del gobierno y pueblo, Bolívar no se entregaba a la disipación de la ociosidad. Vigorosas, terribles fueron las advertencias con que el Libertador por orden del congreso inició la tarea de atraer a Riva Agüero a su deber. El usurpador no cejaba en sus ambiciones. Tres mil hombres armados y equipados le obedecían, y esperaba doblar su número con el

ejército comandado por Santa Cruz, angustiosamente llamado; y esperaba también el aporte valioso del prestigio del ex-Protector. Ya se ha visto la merecida contestación con que éste correspondió al llamado.

No hubo por parte de Bolívar pérdida de tiempo por concepto alguno para acometer la tarea de pacificar interiormente el país. Sus métodos son bien conocidos: la exhortación previa, el arreglo pacífico. Fiel a ellos despachó a Riva Agüero una comisión. Pero ¿qué derecho invoca Bolívar para entender en asuntos extraños a la jurisdicción del presidente de Colombia? La facultad que ostentaba es nula, puesto que proviene de un congreso espurio, y no podemos entendernos con un sujeto que no esté investido de poderes por una autoridad legítima.

No amansaba a Riva Agüero para tratar con el Libertador ni siquiera el pensamiento de que él mismo lo había llamado para la salvación del Perú. Ya se ve, este paso lo dio como un expediente exterior para congraciarse con el público que había puesto los ojos en el único hombre capaz de enderezar la zozobranante nave; en su fuero íntimo, él detestaba de un hombre que seguramente venía a contrapesar su situación.

Por el momento, Riva Agüero, conocedor de su debilidad bélica por una parte, necesitaba de perfeccionar la traición que tramaba, como se verá luego, con los realistas, y esperanzado en aumentar sus posibilidades a la llegada del ejército de Santa Cruz, para expulsar a Bolívar y los colombianos, ante todo, y a los aliados argentinos y chilenos, propuso para salir del paso, expedientes que sabía no aceptaría Bolívar ni el congreso, expedientes calculádbos para ganar tiempo: renuncia del gobierno de Lima y el de Trujillo, convocación a elecciones generales.

¡No más demora, excelentísimo señor Libertador presidente, hay que someterlo por las armas! Fue la reacción del congreso. Pero Bolívar, sea por falta de adecuada preparación, sea, como es lo más probable, para agotar todos los medios pacíficos de un avenimiento, se conforma con una embajada al disidente y amenazas a sus parciales en caso de no aceptar la amnistía propuesta y no unirse con el ejército libertador.

El resultado de este paso fue un feliz comienzo del desenlace. Riva Agüero delegó a uno de sus parciales, el coronel Antonio Gutiérrez de la Fuente, para entenderse con Bolívar en Lima. Los indicios que éste tenía y reveló a Bolívar, de la traición del jefe excitaron el recuerdo de conversaciones e incidentes de su superior

y pusieron en guardia su patriotismo. Era la pista segura para arribar al desenlace que requería la salvaguardia del honor nacional.

Un destacado historiador argentino sostiene que Bolívar se benefició con el ejército que San Martín creó con lujo de consagración y organización; que se aprovechó de su obra. Lecuna y Encina rebaten con sobra de razón y argumentos esa aserción errónea. San Martín hizo en realidad una obra colosal en compañía de Bernardo O'Higgins, a quien no debe omitirse en esta coyuntura si hemos de hacer justicia a la verdad y al mérito. Sacando fuerzas de flaqueza la expedición libertadora del Perú se equipó adecuadamente y se organizó con todo el rigor de la técnica. San Martín tiene la gloria indiscutida de haber conducido sus 4300 hombres hasta las playas peruanas, junto con Cochrane que limpió de españoles las costas, y de haber proclamado la independencia del Perú el 28 de julio de 1820.

Pero el método ideado por el caudillo argentino, diametralmente opuesto al método del Libertador, no era el más adecuado para hacer prosperar la causa independiente, desarrollar el espíritu revolucionario ni establecer cohesión entre las diversas unidades guerreras que conducía: consistía en ganar la independencia sin pelear, sobre la base de conferencias y convenios: en vez de excitar y canalizar ese sentimiento bélico, dejó que se extinguiera a impulsos de pasiones egoístas que destruyeron sus generosos propósitos. Así es que cuando cayó en la cuenta de que sin una fuerte expedición guerrera contra el enemigo no sería posible lograr los propósitos que lo trajeron al Perú, cuando se retiró de la escena creyendo dejar asegurado el éxito en manos del general Rudecindo Alvarado, que ciertamente contaba con número suficiente para imponerse, la fuerza en que cifraba sus esperanzas dio el desgraciado espectáculo de Torata y Moquehua, que constituyó su destrucción. Quedaban los llamados ejércitos del centro al mando de Arenales, que con los demás aliados de Argentina y Chile fueron luego desbaratados en el Desagüadero y no se salvaron sino unos pocos que cayeron más tarde en el Callao en manos de los españoles, víctimas de la entrega de las fortalezas operadas por las tropas argentinas.

Se ve pues que de la obra del Protector nada pudo aprovechar Bolívar, excepción hecha de la tierra que pisaba, y que tuvo que emprenderlo todo de nuevo. Era la tarea de resucitar a Lázaro, muerto hacía ya tres días. Tenía que conseguir tropas, adiestrarlas convenientemente, equiparlas, exprimir dinero de un país exhausto por el dispendioso método de las administraciones anteriores y los abusos de Torre Tagle, levantar el espíritu republicano desmoraliza-

do después de la excelente disposición que reinaba cuando llegó San Martín y que ahora se dirigía irremisiblemente hacia el campo realista; crear la unidad nacional eliminando las rencillas y celos, fuente de diversidad disolvente de la nación y de las fuerzas armadas. De ningún modo queremos disminuir la obra protectorial, pero es indispensable destruir errores que falsifican la historia.

La resistencia de Riva Agüero al arreglo pacífico del conflicto entre su poder espurio y las autoridades de Lima imponía ya por fin el empleo de medidas drásticas. Afortunadamente para reducirlo no hubo necesidad de disparar un tiro: él mismo tejió la estrecha malla en que quedó preso.

Una sólo mirada había bastado a Bolívar para comprender que si Colombia no seguía ayudando a la campaña del Perú hasta el sacrificio, el Perú, o mejor, lo que del Perú podía considerarse libre, caería irremediabilmente en manos de los agentes de Fernando VII. La negativa de Buenos Aires a la cooperación era manifiesta; Chile, agotado en hombres y dinero, mostraba buena disposición, pero por una causa o por otra su cooperación no llegó a prestarse. Los contingentes que Bolívar pidió a Méjico y Guatemala por medio de Santa María y Monteagudo jamás llegaron a concretarse. Sólo contaba con los auxiliares colombianos y con lo que restaba de chilenos, peruanos y argentinos después de Moquehua. Santa Cruz comandaba por el Sur su ejército de cinco mil hombres en campaña cuya derrota por otra parte vaticinaba el Libertador. De las fuerzas argentino chilenas que guarnecían el Callao no quedaría desde febrero de 1824 sino un puñado que logró salvarse de la entrega efectuada por la traición de Moyano y Oliva. La situación no era mejor que muchas de las más calamitosas y desesperadas que tuvo que afrontar Bolívar en su ya larga carrera de heroico renunciamiento. Todas las había superado a fuerza de genio, constancia y energía. Estas virtudes habían de conquistar una vez más a la fortuna para provecho de su gloria y conquista de la libertad americana. No tenía otro expediente, fuera de su genio y talento, que continuar sus miradas sobre Colombia. En larga carta del 3 de octubre desde Lima plantea a Santander la crítica coyuntura del Perú con elocuencia y precisión: "*Amigo*": (se refiere a una supuesta batalla de Santa Cruz y Jerónimo Valdés en el Desagüadero); "*ésta es otra batalla como la de Carabobo, en que están comprometidos todos los intereses. El vencedor es dueño para siempre del país, porque destruye las fuerzas enemigas y duplica las suyas; y las tropas de Santa Cruz son muy malas en tanto que las de Valdés son las mejores que tienen los españoles, así es que si estos dos*

jefes se baten solos, no hay la menor duda de que perdemos la batalla. Si Canterac se bate con Sucre sobre Puno, como puede suceder, la suerte será la que decida, pero de ningún modo reparará este último suceso el efecto del primero, porque son fuerzas dobles las que tienen La Serna y Santa Cruz. En fin, dentro de diez o doce días sabremos si el Perú es o no independiente, y entonces preparémonos a nuevos sacrificios pues los españoles no admitirán armisticio por esta parte, y nosotros, por consiguiente, tendremos que continuar la guerra en el sur de Colombia: Mi pobre reputación volverá a correr tantos peligros como los ya vencidos; y por tanto, ruego a usted, como amigo, que me mande todos los auxilios imaginables. Además de los tres mil veteranos que he pedido a usted antes de ahora, que deben venir por el Fátmo, le ruego a usted, le pido por la amistad más tierna, que me mande cuantas tropas haya disponibles o se puedan reunir, y cuantos fusiles no sean absolutamente necesarios allá, o se puedan comprar: tropas y fusiles es todo lo que necesitamos, con buenos jefes de infantería como Manrique, Uzlar, Carrillo, si está bueno y aun el loco de Arguindegui. Los "Granaderos de la Guardia" los pido de preferencia todos porque tienen buena oficialidad y pueden traer excelente recluta. Diré a usted de paso que Valdés está inservible por un mal de orina y que Lara ha disgustado mucho su división, tanto que ha habido un motín de los jefes contra él, los que debemos castigar ejemplarmente para que no nos veamos envueltos como los demás puntos de América, en sediciones militares. Así es que no puedo ya contar con estos jefes para nada, por lo que necesito de su reemplazo.

"Ya he dado mis disposiciones para que vengan los tres mil hombres que se esperan por el istmo de que hace mención el general Carreño; hablo de los primeros tres mil hombres que usted ha ofrecido mandar después del triunfo contra Morales; sin contar los tres mil más que le pido a usted ahora, en caso de que Sucre y Santa Cruz sean derrotados: lo que usted sabrá oportunamente para que haga este nuevo y doloroso esfuerzo.

"Si nosotros triunfamos no hay más que hacer que irse cada uno para su casa como pueda, y hacer o no hacer la paz, según las circunstancias, pero si somos derrotados en el alto Perú, debemos hacer armisticio y paz, sea como sea, porque sólo Colombia está empeñada en esta lucha, mientras que Chile y Buenos Aires están muy remolones. El segundo no puede hacer nada, y el primero está embromando con sus tropas mientras que se decide la cuestión bien o mal; sin embargo, yo escribiré a Chile de nuevo encargándoles la guerra del Sur, mientras que yo me encargo por esta parte de

entretener y batir al enemigo. Si Chile hiciera lo que nosotros, no hay duda que podríamos vencer al fin, y esto es tanto más útil cuanto que la América meridional quede en una posición falsa con respecto a la Europa, porque los españoles, después de su guerra con Francia, tendrán un diluvio de veteranos que mandar al Perú, en tanto que nosotros no tendremos sino reclutas para entonces; de consiguiente, podremos ser conquistados y hacer nuevos sacrificios como los presentes para defendernos después de muchos desastres.

“No hemos vuelto a saber más de los comisionados que vienen de Buenos Aires a tratar con los españoles y con nosotros sobre el armisticio y la paz, aunque sabemos fijamente que están en marcha hacia su destino. Todo esto valdrá nada si no triunfamos, porque los generales españoles dicen que no entran por nada porque han vencido, y están erguidos; a la verdad, con diez y seis mil veteranos que tendrán entonces algo podrán emprender contra Colombia, dejando bien asegurado su Perú. Pero a bien que nosotros tenemos treinta y dos mil hombres sobre las armas de nuestra querida Colombia, y más guapos que ellos, aunque no tan militarmente organizados.

“Al general Salom le ordeno ahora muchas cosas importantes: él y Sucre son los hombres que tenemos, los demás son muy trabajosos, ya por una causa, ya por otra; el que menos está enfermo como Valdés y Mires.

“El señor Riva Agüero está muy resentido contra el congreso y contra nosotros; nos está sitiando y hay sospechas de que tiene comunicaciones con el enemigo; por consiguiente mandaré tres mil colombianos a que lo vayan a someter de grado o por fuerza. Además nos tiene interrumpida la comunicación con Colombia, nos amenaza de insurreccionar nuestras provincias del Sur, y últimamente nos ha impedido nuestra marcha a la sierra de Pasco y Jauja, lo que habría producido admirables efectos a la causa federal de América. En fin, amigo, estamos obligados a tomar este partido por todas estas consideraciones, y porque además el congreso está tratando actualmente de rectificar el tratado de federación, para pedirnos con algún derecho protección contra los facciosos.

“Desde que salí de Guayaquil no he recibido comunicación ninguna de Colombia, así nada se de usted. Por noticias voladas he sabido algunas cosas importantes como la ocupación de Pasto por nosotros y la llegada de un correo de Bogotá hasta Guayaquil. Riva Agüero nos tiene cortada la comunicación por tierra y los buques nos las han traído por mar.

“Adiós, mi querido general, téngame usted compasión como yo se la tengo a usted”.

Ex-profeso hemos reproducido íntegra la carta. Obsérvese cómo el pensamiento del Libertador abarca en un punto todo el panorama de la América y de Europa sin excluir los más mínimos detalles de la organización de sus tropas, las necesidades que las aquejan, los efectivos suyos y del enemigo, las posibilidades o dificultades de éxito de los combatientes en campaña, aun las enfermedades que merman la capacidad de sus jefes y oficiales.

Su sinceridad no se detiene ante los amigos si la atención de ellos es capaz de lesionar en lo más mínimo los intereses de la patria. Su franqueza le acarreó no pocos adversarios. El 10 de octubre al mismo Santander dice: “. . . Si usted quiere la segunda edición del saqueo de Zea, mande usted a Nariño a Inglaterra, a lo menos las presunciones parecen justificar mi concepto. Perdóneme usted la *llaneza* de decirle que los intendentes de Bogotá y Caracas son eminentemente malos con ser los mejores hombres del mundo y mis mejores amigos. ¿Dónde diablo se le ha metido a usted en la cabeza que el marqués del Toro puede servir para intendente? Peñalver es un millón de veces mejor y sólo Sucre es capaz de aquél destino porque es el venezolano de más mérito que yo conozco, y como Dios le dé la victoria será mi rival en sucesos militares, porque del Ecuador para el sur lo habrá hecho todo hasta Potosí . . . ”

La necesidad de mostrar a Bolívar tal cual es y de exhibir toda su universal capacidad en el conocimiento, juicio y manejo de los hombres y su celo y limpieza en el trajín de los negocios de la patria, nos mueven a citas que acaso juzguen improcedentes los devotos de la historia en su estilo clásico y tradicional; historia que más parece un escueto y descarnado calendario que un panorama en que se retrata el pasado con su bullir de vida y su movimiento progresivo; en que el agente de ella, el hombre se agita con todas sus pasiones, sus anhelos, sus esperanzas, sus dolores y su gloria. El método que seguimos es el más oportuno con el personaje que constituye el centro de esta historia. Con testimonios como éstos se desvanecen por sí solos los conceptos que han querido divulgarse en países del Sur, tocantes a su supuesta hipocresía y falsos procederes. El marqués del Toro era su pariente muy respetado, y Peñalver, el íntegro Peñalver, su consejero venerado, la encarnación del hombre honrado a quien nadie apreciaba como él. ¿Por qué tachaba a amigos por otro lado de tanto mérito? Sencillamente por que en la administración no se trataba de emplear amigos sino de colo-

car al frente de cada negocio o departamento a los que mejor sirviesen ad hoc. Y expresaba sus opiniones sin importarle con las susceptibilidades heridas o las enemistades que pudiera ella traerle. Es la más elocuente antítesis de la hipocresía.

Tres días después de esta última carta y a diez días de la penúltimamente citada escribe al mismo Santander:

“Prepárese usted a oír dos inmensas y horribles noticias: la primera es la dispersión de cinco mil peruanos, por el Desagüadero, a las órdenes del general Santa Cruz, sin haber combatido, y sólo por haberse puesto en plena retirada. Se dice que de estos cinco mil hombres sólo se han escapado seiscientos, y yo supongo que son los oficiales y la caballería. . . La segunda noticia es que Riva Agüero está en comunicación con los godos, y que éstos dicen que se quiere pasar con sus tropas: no es imposible pero tampoco es fácil, y sin embargo, todo puede suceder.

“Ahora vamos a las demandas. Necesito seis mil veteranos con armas y todo, todo lo que sea necesario para su oficio. Para auxiliar el Sur vuelva usted los ojos hacia mí y vuelva las espaldas hacia el norte; y si no, espere usted por él a los reconquistadores de América meridional. Estos hombres son los nuevos Pizarros, Almagros y Corteses; y usted sabe que yo no soy mal profeta, y que en todo lo que he dicho sobre el Perú ha salido más de lo que he temido . . .

“Este país está agotado de paciencia, de dinero y de elementos; esté usted cierto de que sólo nosotros sentimos esta derrota, porque a los peruanos les importa muy poco. No tienen esperanza ninguna, y así todo lo harán a viva fuerza como hombres que nada esperan de nuestros sacrificios; pero si nosotros perdemos, adiós Colombia.

“Yo, pues, por el bien de Colombia voy a hacer frente a la tempestad; todo lo que pueda con recursos y medios adecuados; agotaré mi energía y mi política; saldré del paso por la victoria; para conseguir la última debemos prepararnos para la primera. Mándeme usted todo lo que sirva para vencer a un enemigo poderoso, vencedor y muy capaz de todo, todo. Espere usted allá o mándeme usted cuanto tenga disponible en Colombia y aún dinero, si es posible, pues siempre es mejor combatir en campo ajeno que en el propio . . .”

No cabe duda, el desastre de Santa Cruz, por más previsto que lo tenía, le causó una impresión profunda, quizás porque las exageradas noticias que le daban por espléndido triunfo el indeciso, más

bien desfavorable combate de la Zepita le habían infundado a última hora una engañosa esperanza; y ante la espantosa realidad renace su zozobra por la suerte de Colombia que podía ser arrollada por la victoria de La Serna sobre el torpe egoísmo peruano. Ya, en efecto, y desde antes de arrojarse a las llamas, estaba viendo cómo en el país necesitado y suplicante de su poderosa presencia, al mismo tiempo que se le llamaba, se extremaba la diatriba contra él, y pronto vería que con tal de que dejase el país con sus victoriosas y gallardas tropas, eran muchos, los que solicitaban la alianza del enemigo. Un dejo del desprecio que le inspiraba esta actitud contra sus generosos libertadores: “Sólo nosotros sentimos esta derrota por que a los peruanos les importa muy poco”.

Acudía para el alivio de la situación a que habían llevado al país los acaecimientos lamentables y no le quedaba como primer recurso sino la generosa Colombia con su capital Bogotá, tan retirada y de difícil comunicación. Colombia libre, pero exhausta de hombres y dinero: que bien caro le costó su preciada libertad; Colombia representada en Bogotá y gobernada en su ausencia por Santander, que fuera de la atadura de esa pobreza nacional en que giraba tenía otra muy recomendable en otras circunstancias, pero de valor muy discutible en la conducción de una guerra: nos referimos a su fanático apego a la ley. “La guerra se nutre de la arbitrariedad y no se hace por el amor de Dios”, era una máxima boliviana que sintetiza nuestro pensamiento. No puede conducirse con éxito una guerra cuyos movimientos, recursos, disposiciones y arbitrios están sujetos a las discusiones de un cuerpo legislativo y a las demoras de las leyes. Ni debe dejarse sin mención cierto espíritu de emulación que ya asomaba en Bogotá, responsable en cierto grado de la dejadez con que solían mirarse las angustiosas demandas del Libertador.

Y el mismo día de tribulación en que dictaba la anterior carta para Santander dictaba otra para Salom, también en Colombia. Lo representa la necesidad de hacer sacrificios extraordinarios “para defender a Colombia desde el Perú”, y aunque “este es un desierto sembrado de vicios y de necesidades urgentes” lo “debemos conservar a todo trance para salvar a Colombia de la esclavitud y de la ruina”.

Y Riva Agüero conspiraba con todos los caracteres de alta traición a la patria. ¿Qué podía importarle el baldón a este hombre sin moral si con ello lograba sus egoístas fines personales? La referida entrevista de Antonio Gutiérrez de la Fuente produjo en éste una impresión inextinguible y se propuso vigilarlo estrechamente.

Mientras tanto el Libertador fallaba en la tarea de atraer al rebelde mediante comisiones que lo llamaban a su deber de peruano, ante la amenaza de ver consumada la ruina y sometimiento de su patria. Primero se propuso ofrecimientos y medidas dilatorias a todas luces para dar tiempo a la llegada de Santa Cruz. No desdeñó el colombiano conminar seriamente al traidor.

Ya se ha referido la entrevista con el coronel La Fuente. Invita Bolívar al sedicioso a dirigirse con sus tropas al valle de Jauja para en combinación con él, dar un golpe decisivo a los realistas: muy otros eran sus intenciones y designios. La brillante oportunidad de dar un golpe a Loriga en Jauja, según los planes de Bolívar, tuvo que perderse.

Cada vez se embrollaba más la situación creada por Riva Agüero. Todavía el 12 de noviembre hacía proposiciones inaceptables a Bolívar y el congreso, cuyo intento dilatorio no engañó a nadie. “Yo pienso que este maldito Riva Agüero y sus partidarios no han de ceder sino a la fuerza” escribió Bolívar. No esperó más y emprendió marcha para colocarse entre los rebeldes que ocupaban a Huaraz y Trujillo y los realistas que dominaban a Jauja y cerro de Pasco listos a unirse con el rebelde. De este modo cortaba las comunicaciones de los dos bandos y se proponía batirlos sucesivamente. Trepó la cordillera Negra y vino a dar al callejón de Huailas. Llegó al pie de la Cordillera Blanca, alegre de proporcionar a sus soldados en este y otros vecinos valles frescos y sanos el entrenamiento y aclimatación que habían menester para poder resistir los sitios más ásperos y los climas más adversos donde según sus planes tenían que hacer la guerra.

Ya llegó a Huaraz. Idea de los rebeldes era encerrar aquí a su noble benefactor, tomarlo prisionero, y por lo menos, expulsarlo del país; y ellos en tanto, enrolados entre sus cooperadores los realistas y arrastrando las cadenas humillantes de la esclavitud.

La situación se complicaba. Sucre tercamente rehusaba tomar parte en la contienda civil. Se incorporó en Huaraz, pero accedió apenas a cubrir la espalda de Bolívar y vigilar a los españoles. Los miserables restos de Santa Cruz y la escuadra de Guise estaban de parte del rebelde; Riva Agüero con el auxilio de esta escuadra estaba en condición de recibir hombres, armas y municiones, tal como ocurrió.

Afortunadamente sucedió lo que Riva Agüero no esperaba: La Fuente capturó correspondencia cruzada entre el traidor rebelde y los jefes españoles; reunió a los oficiales del cuerpo que coman-

daba; puso en su conocimiento la traición meditada por su jefe superior, y unánimemente resolvieron prenderlo, lo que ejecutaron en Trujillo en la madrugada del 25 de noviembre. Con él fueron detenidos sus cómplices Manuel Pérez de Tudela, José María Novoa, Manuel Anaya, Toribio Dávalos, José de la Torre Ugarte, Ramón Novoa, Ramón Herrera y el capellán Fray Eusebio Casaverde. Ese mismo día el coronel La Fuente envió relación de los acontecimientos a Lima. Ya podemos imaginarnos el revuelo que ello causó tanto en el público como en el congreso y el poder ejecutivo. El congreso exigió del poder ejecutivo que procediese de conformidad con las leyes, y éste decretó que los traidores fueran pasados por las armas sin fórmula de juicio y en lugar secreto en el término de seis horas de notificados, como reos de alta traición; se exceptuó a fray Eusebio Casaverde a quien se le señaló pena de prisión perpetua en un presidio.

La justísima sentencia no se llevó a cabo. La Fuente asumió la responsabilidad en atención a los servicios y distinciones que debía a Riva Agüero, a quien por orden de Bolívar embarcó con sus compañeros para que se fuese a Europa. Expulsado con él iba también el ministro traidor Ramón Herrera. Pero el barco hubo de recalar en Guayaquil, donde se les dejó en libertad. El intendente Paz del Castillo a quien no habían llegado todavía detalles de lo ocurrido los tomó presos y los alojó en un calabozo como enemigos del gobierno peruano y de los colombianos, con la aprobación de Bolívar. Mas cuando Guise y Santa Cruz se sometieron al gobierno legítimo, el Libertador ordenó al intendente de Guayaquil que dejase partir para Europa a los prisioneros.

Mil kilómetros por regiones quebradas, fatigosas y desconocidas tuvo que batir el Libertador en esta campaña limpieza; pero logró el éxito buscado, con la entrega de las tropas de Riva Agüero y la rendición de las poblaciones y personas desafectas al gobierno.

Fiel a su método guerrero, no contento el Libertador con la captura de las principales cabezas del atentado, emprendió la activa persecución de sus adeptos. En esta persecución y limpieza de enemigos, el coronel José de la Cruz Paredes logró poner manos sobre los fugitivos Novea y Mancebo; no así sobre la carga abundante y rica que iba adelante.

Para terminar copiaremos la siguiente página del historiador Encina:

“Riva Agüero abandonó las playas del Perú llevando en su corazón un odio mortal a Bolívar, mezcla de envidia por su carrera

triumfal, de despecho por el fracaso de sus grandes ambiciones y de ira contra todos los que creía que activa o pasivamente habían contribuido a derribarlo del poder.

“Se consagró con constancia infatigable a publicar artículos y folletos contra Bolívar. Junto con llegar a Londres en 1824, hizo imprimir la Exposición de la Conducta Política de José de la Riva Agüero, sangrienta diatriba contra el Libertador, más que justificación de su conducta; y aprovechó cuanta oportunidad se le presentaba para atacarlo, y más tarde, para difamar su memoria.

“La alegría de presenciar el calvario y la agonía del Libertador y el derrumbamiento de todas sus creaciones, salvo la independencia de la América española, lejos de amortiguar su rencor lo avivó; y el eco que sus ataques encontraron en la racha antibolivariana que se siguió a la muerte de Bolívar, estimuló la fecundidad de su pluma. Amnistiado por el congreso peruano el 3 de diciembre de 1829, regresó a su patria y consagró la última parte de su vida a coleccionar las invenciones que la malignidad, las pasiones políticas y el odio de las medianías fracasadas acumularon contra la personalidad histórica de Bolívar. Bajo su dirección los canónigos de Lima, José María Arce y José Nicolás Garay, las vaciaron en dos gruesos tomos titulados Memorias para la historia del Perú, por P. Pruvo-nena (anagrama de un peruano) que se publicaron en París en 1858. Este libelo, infame e indigesto farrago de calumnias, como lo califica Barros Arana, ha sido fuente inexhausta, en la cual han bebido varios historiadores europeos, empezando por Gervinus y concluyendo por Madariaga y la numerosa falange de los escritores liberales o simplemente antibolivarianos de hispano América”.

Capítulo XIV

1824

TEMPESTAD IRACUNDA EN UNA NAVE DIRIGIDA POR TRES

R E S U M E N

Grave enfermedad de Bolívar en Pativilca – La entrevista con don Joaquín Mosquera: ¡Triunfar! – Desmoralización y escepticismo en las masas – Rivalidad y odios entre las tropas auxiliares – Sólo los colombianos eran capaces de triunfar – Decisión incontrastable de Bolívar – Por una parte desprendimiento, trabajo organización y disciplina; por otra, desidia, disimulo, ambición, odios – Triple juego de Riva Agüero – Juicio de Bolívar sobre Riva Agüero, el Perú y sus hombres – ¿Podría la masa del pueblo, humanamente, acuerpar la independencia? – Explicación de su retroceso a los sentimientos realistas – Eliminado Riva Agüero por Bolívar, Torre Tagle quedó libre de un poderoso enemigo – Ahora éste necesitaba anular, expulsar al Libertador – Ideología de los entreguistas – Un armisticio con los españoles, medida dilatoria ideada por Bolívar – Ya Torre Tagle lo había iniciado con fines opuestos – Berindoaga es enviado a gestionar ostensiblemente el armisticio, pero con la oculta consigna de entregar el país – El gobierno preparaba mañosamente la defección de las tropas – Bolívar amenaza con retirarse a Colombia – Bolívar, engañado, aprueba la misión de Berindoaga – La ideología entreguista de Torre Tagle – La traición del Callao – Los sublevados reclamaban el pago de sus haberes atrasados – Se intenta reunir cien mil pesos para satisfacer la demanda – La fuerza de inercia del presidente lo frustró – Saqueo del Callao – Libertad de los presos españoles – El realista Isidro Alaix en el Callao – Traición de los Granaderos de los Andes – Error de Bolívar al no haber aceptado la dictadura – Ineficacia del régimen constitucional en la guerra – Moderación de Bolívar – Bolívar vuelve los ojos a Colombia – La enérgica nota de Bolívar al congreso – Bolívar nombrado dictador – Anécdota de la marquesa de Torre Tagle – Ordenes de Bolívar al general Martínez y al contraalmirante Guise – Necochea sucede a Martínez en la comandancia de Lima – Sorprende una carta de Canterac a Torre Tagle – Este se esconde y a la llegada de Canterac se convierte a sus filas – Vivido análisis de la situación por el Libertador – Hazañas de la escuadra de Guise – Traiciones en masa – Ocupación de Lima por Monet – Regocijo público.

PERO LA PODEROSA VOLUNTAD e incomparable energía del Libertador, que le permitían realizar actos tan admirables como el que acababa de llevar a cabo no lo elevaban a la categoría en

que algunos entusiastas biógrafos han tratado de clasificarlo, rayana de la divinidad. Era ni más ni menos que un ser vulnerable y mortal, un hombre con la naturaleza de cualquier ser humano, si bien enriquecido con dotes y cualidades muy por encima de lo común.

Las fatigas mentales desde que pisó playas peruanas y se dispuso a corresponder a la confianza colocada en él por el congreso y el pueblo, y las contrariedades de todo orden que le hacían arrostrar esos hombres rebeldes a los beneficios que les ofrecía, acabaron por doblegar su débil naturaleza corpórea. Al llegar a Pativilca, a ciento cincuenta kilómetros al norte de Lima, el 1° de enero de 1824, no dio más de sí. Cayó en cama sin sentido, según lo describe a Santander, con un mal que era “una complicación de irritación interna y de reumatismo, de calentura y de un poco de mal de orina, con vómitos y dolor cólico. Todo esto hace un conjunto que me ha tenido desesperado y me aflige todavía mucho. Ya no puedo hacer un esfuerzo sin padecer infinito. Usted no me conocería porque estoy muy acabado y muy viejo, y en medio de una tormenta como ésta represento la senectud. Además me suelen dar de cuando en cuando unos ataques de demencia aun cuando estoy bueno, que pierdo enteramente la razón sin sufrir el más pequeño ataque de enfermedad y de dolor”. . . La crisis fue tan severa que su médico no abandonó al paciente ni un momento mientras duraba, pues seriamente se temía por su vida.

En este estado no son de extrañarse sus temporarios momentos de depresión como el expuesto en esa carta del 7 de enero de 1824. Lo que produce asombro y eleva hasta llegar a la sensación de lo sublime es el episodio que refiere don Joaquín Mosquera. Advertido del peligro de muerte en que se encontraba su amigo íntimo y venerado, corrió a Pativilca y refiere de este modo su entrevista con el Libertador. *“Encontré al Libertador ya sin riesgo de muerte del tabardillo, que había hecho crisis; pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto una muy acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de jin que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas; su voz hueca y débil y su semblante cadavérico. Tuve que hacer un grande esfuerzo para no largar mis lágrimas y no darle a conocer mi pena, mi cuidado por su vida. Todas estas consideraciones se me presentaron como una falange de males para acabar con la existencia del héroe, medio muerto; y con el corazón oprimido temiendo la ruina de nuestro ejército le pregun-*

té: *¿Y qué piensa hacer usted ahora? Entonces avivando los ojos huecos y con tono decidido me contestó: '¡Triunfar!' Esta respuesta inesperada produjo en mi alma sorpresa, admiración y esperanza, porque vi que aunque el cuerpo del héroe estaba casi aniquilado, su alma conservaba todo el vigor y elevación que lo hacían tan superior en los grandes peligros. Recordé entonces aquellas notables palabras que dijo a Sucre en Lima cuando Riva Agüero levantó el estandarte de la guerra civil: 'Usted es el hombre de la guerra, yo soy el hombre de las dificultades'.*

"Enseguida le hice esta otra pregunta ¿Y qué hace usted para triunfar? 'Tengo dadas las órdenes para levantar una fuerte caballería en el departamento de Trujillo; he mandado fabricar herraduras en Cuenca, en Guayaquil y en Trujillo; he ordenado tomar para el servicio militar todos los caballos buenos del país y he embargado todos los alfalfales para mantenerlos gordos. Luego que recupere mis fuerzas me iré a Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme infaliblemente los derroto con la caballería; y si no bajan, dentro de tres meses tendré fuerzas para atacar. Subiré la cordillera y los derrotaré".

Lo que hasta aquí se ha reseñado no eran las únicas causas que podían inducir a temer por el éxito de la independencia. La rebelión interna del Perú había sido aplastada en una espléndida batalla incruenta; mas quedaban graves consecuencias de la desatentada actitud de Riva Agüero. La primera de ellas, la desmoralización que cundió en el pueblo: no era edificante el cuadro de esa ambición desatentada por el poder y los honores, que al logro de sus apetitos posponía la libertad, la libertad por la que ostensiblemente se luchaba contra los temibles ejércitos españoles.

Ese estado de doble agitación, la que llevaba el repudio del régimen antiguo y la que canalizaba hacia los mismos que eran materia de ese rechazo, no podía sino producir un escepticismo invencible en las masas ¿por qué esta lucha nacional inquietante y ruidosa si en fin de cuentas los que la dirigen acuden al apoyo de los que dicen rechazar, para obtener su amparo? ¿No vale más permanecer inertes, sin afanes ni fatigas, sin las escaseces y peligros que nos estrechan cada día más entre sus mallas, con el régimen tranquilo y paternal que gozábamos bajo el cetro de Fernando VII? Y así la causa independiente iba enajenándose la buena opinión, que lógicamente se volcaba sobre la causa realista.

Ojalá fuesen estas las solas causas que obraban contra la revolución. No eran para nadie secreto los odios con que se miraban entre sí los contingentes argentinos, chilenos y peruanos, y la pro-

funda ojeriza que guardaban todos contra los colombianos, los únicos soldados con entrenamiento y disciplina bajo la hábil dirección de oficiales formados por Bolívar en doce años de arduas campañas, y vencedores de los magníficos ejércitos del rey de España en las tierras más al norte del continente sudamericano. Y lo más significativo de todo, los jefes de la república buscando la alianza de los españoles para expulsar del país esas tropas y a su gran caudillo, después de tantos afanes para hacerlos venir a su tierra a fin de que les procurasen la ayuda, la libertad que ahora rechazaban.

Si no la aceptan por la razón, si los peruanos con los demás hombres del sur cuyas patrias ya libres quiero asegurar en su libertad, se muestran tan contrarios al beneficio que quiero proporcionarles hasta a costa de mi salud y de mi vida, tienen que aceptarla por la fuerza, porque estoy decidido firmemente a libertar al Perú del dominio peninsular ¡Yo lo prometo! Lo prometo por mi gloria, lo prometo para guardar a mi querida Colombia de un nuevo sojuzgamiento español, lo prometo para que la América constituya un concierto armonioso de pueblos autónomos y libres, lo prometo para que no queden vanos mi juramento ni las secuelas naturales del juramento que pronuncié en Roma en 1805.

El contraste que presentaba el ambiente revolucionario en el Perú era visible sin esfuerzo alguno; por un lado el “Libertador o muerte”; los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeo los pendones de Castilla. “Vencerán y dejarán libre el Perú, o todos morirán: señor, yo os lo prometo”. “Mi único empeño es la libertad”. “No acepto el sueldo que me ofrece el Perú porque me basta el que devengo como presidente de Colombia”; y la sinceridad y franqueza llevadas hasta los límites de lo inconveniente; la lealtad a la causa abrazada; y en el terreno del trabajo la intensa tarea de organización, la atención de los detalles más mínimos en cosas y hombres, la intolerancia e intransigencia con la inacción, la pereza, y la ineptitud; la unidad estricta que movía a todos sus contingentes y que buscaba en los de las otras nacionalidades que concurrían allí.

Por la otra parte, no se veía sino el dulce far niente; la duplicidad de conducta, el disimulo, manto transparente de la deslealtad; la ambición de dinero y empeño de bien vivir; la desorganización de los efectivos y sus odios recíprocos, negación absoluta de

la indispensable armonía y disciplina para el logro de una finalidad común y noble.

Riva Agüero y Torre Tagle eran los puntos de mira del caos; el primero, como lo sintetiza Encina con su acostumbrada lucidez, en cuanto asumió el gobierno mediante el golpe de cuartel de Santa Cruz, inició sus intrigas con un juego triple: atraer a Bolívar para trabajar contra sus adversarios; minar a Torre Tagle, y lograda su anulación, prescindir del Libertador si llegaba al Perú, lo que él consideraba improbable. Ya hemos visto hasta dónde lo llevaban sus turbios manejos.

Por su parte Bolívar había juzgado al Perú y a Riva Agüero con toda precisión desde antes de trasladarse a su suelo. En una carta a Santander le decía desde Guayaquil el 4 de agosto del año anterior: *“Por fin las cosas del Perú han llegado a la cima de la anarquía. Sólo el ejército enemigo estaba constituido, unido, fuerte, enérgico y capaz de arrollarlo todo. Lo de la patria está todo perdido. Siete potencias beligerantes se combaten entre sí bajo las siguientes banderas: Perú, Chile, Colombia, Buenos Aires, gobierno, congreso y Guayaquil, cada uno tiene su partido; ahora hay dos más, el particular de Sucre, que tiene un poder militar, y el de Torre Tagle opuesto al de Riva Agüero, ambos fuertes por la opinión y por la autoridad; pues el primero es presidente aunque depuesto y culpable, y el segundo está nombrado por Sucre, que tiene un poder dictatorial en el teatro de la guerra. Valdés es jefe de nuestras tropas, y un tal Martínez de las de Buenos Aires, es el mayor faccioso que hay en todo el país; estos dos últimos que están sirviendo juntos, y ya usted se acordará que el señor Valdés se ha disgustado hasta con Mires, que es pariente de Job. Todos, todos, todos, excepto Sucre, son el mismo demonio. Podemos contar con quince o diez y seis mil hombres disponibles si vienen los de Chile, pero sin pies ni cabeza; sin pies por falta de movilidad, y sin cabeza porque a nadie obedecen. Nadie obedece a nadie y todos obedecen a todos.*

“El gobierno de Riva Agüero es el gobierno de un Catilina unido al de un Caos; no puede usted imaginarse hombres más canallas ni más ladrones que los que tiene el Perú a su cabeza. Se han comido seis millones de pesos del empréstito de un modo escandaloso. Setecientos mil pesos se han robado entre Riva Agüero, Santa Cruz y el ministro de guerra, sólo en unas contrataciones hechas sobre equipo y embarque de tropas. El congreso pidió cuentas y los trataron como el diván de Constantinopla. Es horrible el modo infame con que se ha conducido Riva Agüero. Lo peor de

todo es que entre los godos y los patriotas han puesto a perecer el Perú con sus saqueos enormes y multiplicados. Este país es el más caro del mundo y no tiene ya un maravedí con que mantenerlos. De suerte que le han quedado sus inmensas necesidades y ningún medio para satisfacerlas. No sé cómo haré para alimentar de oro un ejército muy grande en un país que ya no tiene nada . . . Amigo querido, yo voy a imitar a Curcio entregándome a las llamas por la salud de su patria”.

El cuadro es de mano maestra; ahorra al historiador palabras, análisis y explicaciones, pero es de preguntarse uno si el pueblo, la masa de los peruanos que sufrían en carne viva las consecuencias inmediatas de tanta desmoralización, podía humanamente adherirse o permanecer fiel a la independencia que se había proclamado como remedio a injusticias sociales, cauterio a vicios inveterados en la administración peninsular, rasero para nivelar todas las desigualdades establecidas de antiguo en el terreno de los derechos y aspiraciones, dentro de un plano de honradez inmaculada.

Cuando San Martín, el insigne prócer argentino, condujo al país el ejército y los recursos bélicos arbitrados por el gobierno de Chile los peruanos corrieron presurosos y entusiastas a acuerpar sus promesas, no obstante la sujeción secular que ya se había convertido en carne y huesos suyos. No es de asombrar que su nueva actitud fuese modificándose hasta operar una regresión lamentable, en vista de sus esperanzas burladas. A San Martín, el primero que generosamente se ofreció para redimirlo, le hicieron imposible la vida, conspiraron contra él, en su temporal ausencia derrocaron su organización civil y lo obligaron a ausentarse: “Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta demonio”. Volvieron los ojos al refulgente vencedor colombiano, esperanzado todavía en la redención el pueblo sencillo y bien intencionado, pero no había puesto aún los pies en sus playas cuando ya el congreso y la prensa lo befaban y calumniaban; y llegado el fin, a medida que pasaban los días se redoblaban los actos vitandos que hemos venido reseñando, y otros signos de egoísmo, con que se dirigía, por los magnates nativos, la que debía ser una campaña sincera en pro de la independencia: ¿Qué podía esperarse del pueblo burlado y desengañado?

Los sentimientos volvieron a los viejos canales y ahora se enfrentaron contra los que miraban unidos, compactos en una sólo idea, sin rencillas bajas, sin traiciones vulgares, sin retrocesos idcológicos; y dando por seguro el triunfo de los realistas con más elementos, con más moral, con más habilidad y lealtad, se hacían a